

Segundo libro de Samuel

¹ Después de la muerte de Saúl, cuando David regresó de la matanza de los amalecitas, y David había permanecido dos días en Siclag, ² al tercer día, he aquí que un hombre salió del campamento de Saúl, con sus ropas rasgadas y tierra en la cabeza. Cuando llegó a David, se postró en tierra y le mostró respeto.

³ David le dijo: “¿De dónde vienes?”

Le dijo: “He escapado del campamento de Israel”.

⁴ David le dijo: “¿Cómo te fue? Por favor, cuéntame”.

Él respondió: “El pueblo ha huido de la batalla, y también muchos del pueblo han caído y están muertos. También han muerto Saúl y su hijo Jonatán”.

⁵ David dijo al joven que se lo contó: “¿Cómo sabes que Saúl y su hijo Jonatán han muerto?”.

⁶ El joven que se lo contó dijo: “Cuando pasé por casualidad por el monte Gilboa, he aquí que Saúl estaba apoyado en su lanza, y he aquí que los carros y la caballería le seguían de cerca.

⁷ Cuando miró detrás de él, me vio y me llamó. Yo respondí: “Aquí estoy”. ⁸ Me dijo: “¿Quién eres tú? Yo le respondí: “Soy amalecita”. ⁹ Me dijo: ‘Por favor, ponte a mi lado y mátame, pues la angustia se ha apoderado de mí porque mi vida perdura’. ¹⁰ Así que me puse a su lado y

lo maté, porque estaba seguro de que no podría vivir después de haber caído. Tomé la corona que llevaba en la cabeza y el brazaletes que tenía en el brazo, y se los he traído a mi señor”.

¹¹ Entonces David se agarró a sus ropas y las rasgó; y todos los hombres que estaban con él hicieron lo mismo. ¹² Hicieron duelo, lloraron y ayunaron hasta la noche por Saúl y por su hijo Jonatán, y por el pueblo de Yahvé, y por la casa de Israel, porque habían caído a espada.

¹³ David dijo al joven que se lo contó: “¿De dónde eres?”.

Respondió: “Soy hijo de un extranjero, un amalecita”.

¹⁴ David le dijo: “¿Por qué no tuviste miedo de extender tu mano para destruir al ungido de Yahvé?” ¹⁵ David llamó a uno de los jóvenes y le dijo: “¡Acércate y derríbalo!” Lo golpeó de tal manera que murió. ¹⁶ David le dijo: “Que tu sangre caiga sobre tu cabeza, porque tu boca ha dado testimonio contra ti, diciendo: “He matado al ungido de Yahvé”.”

¹⁷ David se lamentó con este lamento por Saúl y por Jonatán, su hijo ¹⁸ (y les ordenó que enseñaran a los hijos de Judá el canto del arco; he aquí que está escrito en el libro de Jasar):

¹⁹ “¡Tu gloria, Israel, fue asesinada en tus lugares altos!

¡Cómo han caído los poderosos!

²⁰ No lo cuentes en Gat.

No lo publiques en las calles de Ashkelon,
para que las hijas de los filisteos no se alegren,

para que no triunfen las hijas de los incircuncisos.

21 Montes de Gilboa,
que no haya rocío ni lluvia sobre ti, ni
campos de ofrendas;
porque allí el escudo de los poderosos fue
profanado y desechado,
el escudo de Saúl no fue ungido con aceite.

22 De la sangre de los muertos,
de la grasa de los poderosos,
El arco de Jonathan no se volvió.
La espada de Saúl no volvió vacía.

23 Saúl y Jonatán fueron encantadores y agradables en sus vidas.
En su muerte, no fueron divididos.

Eran más veloces que las águilas.
Eran más fuertes que los leones.

24 Hijas de Israel, llorad a Saúl,
que te vistió delicadamente de escarlata,
que ponen adornos de oro en su ropa.

25 ¡Cómo han caído los poderosos en medio de la
batalla!
Jonathan fue asesinado en sus lugares altos.

26 Estoy angustiado por ti, hermano Jonatán.
Has sido muy agradable conmigo.
Su amor hacia mí fue maravilloso,
superando el amor de las mujeres.

27 Cómo han caído los poderosos,
y las armas de guerra han perecido”.

2

¹ Después de esto, David consultó a Yahvé, diciendo: “¿Debo subir a alguna de las ciudades de Judá?”.

Yahvé le dijo: “Sube”.

David dijo: “¿Adónde subiré?”

Dijo: “A Hebrón”.

² David subió allí con sus dos mujeres, Ahinoam la jezeelita y Abigail la mujer de Nabal el carmelita. ³ David hizo subir a sus hombres que estaban con él, cada uno con su familia. Vivían en las ciudades de Hebrón. ⁴ Vinieron los hombres de Judá y allí ungieron a David como rey de la casa de Judá. Le dijeron a David: “Los hombres de Jabes de Galaad fueron los que enterraron a Saúl”. ⁵ David envió mensajeros a los hombres de Jabes de Galaad y les dijo: “Benditos seáis por Yahvé, porque habéis mostrado esta bondad con vuestro señor, con Saúl, y lo habéis enterrado. ⁶ Que el Señor les muestre su bondad y su verdad. Yo también te recompensaré por esta bondad, porque has hecho esto. ⁷ Ahora, pues, fortalece tus manos y sé valiente, porque Saúl, tu señor, ha muerto, y también la casa de Judá me ha ungido como rey sobre ellos.”

⁸ Abner, hijo de Ner, capitán del ejército de Saúl, había capturado a Isboset, hijo de Saúl, y lo había llevado a Mahanaim. ⁹ Lo hizo rey de Galaad, de los asuritas, de Jezreel, de Efraín, de Benjamín y de todo Israel. ¹⁰ Isboset, hijo de Saúl, tenía cuarenta años cuando comenzó a reinar sobre Israel, y reinó dos años. Pero la casa de

Judá siguió a David. ¹¹ El tiempo que David fue rey en Hebrón sobre la casa de Judá fue de siete años y seis meses.

¹² Abner hijo de Ner, y los siervos de Isboset hijo de Saúl, salieron de Mahanaim a Gabaón.

¹³ Joab, hijo de Sarvia, y los siervos de David salieron a su encuentro junto al estanque de Gabaón, y se sentaron, el uno a un lado del estanque y el otro al otro. ¹⁴ Abner dijo a Joab: “¡Por favor, que los jóvenes se levanten y compitan ante nosotros!”

Joab dijo: “¡Que se levanten!” ¹⁵ Entonces se levantaron y pasaron por número: doce por Benjamín y por Isboset, hijo de Saúl, y doce de los siervos de David. ¹⁶ Cada uno de ellos agarró a su adversario por la cabeza y le clavó la espada en el costado a su compañero; así cayeron juntos. Por eso aquel lugar de Gabaón se llamó Helkath Hazzurim. ¹⁷ La batalla fue muy dura aquel día, y Abner y los hombres de Israel fueron derrotados ante los servidores de David. ¹⁸ Los tres hijos de Sarvia estaban allí: Joab, Abisai y Asael. Asael era ligero de pies como una gacela salvaje. ¹⁹ Asael persiguió a Abner. No se volvió ni a la derecha ni a la izquierda de seguir a Abner.

²⁰ Entonces Abner miró detrás de él y dijo: “¿Eres tú, Asahel?”

Respondió: “Lo es”.

²¹ Abner le dijo: “Vuélvete a tu derecha o a tu izquierda, agarra a uno de los jóvenes y toma su armadura”. Pero Asahel no quiso dejar de seguirlo. ²² Abner le dijo de nuevo a Asael:

“Apártate de seguirme. ¿Por qué habría de tirarte al suelo? ¿Cómo podría entonces mirar a la cara a tu hermano Joab?” ²³ Sin embargo, él se negó a apartarse. Entonces Abner, con el extremo posterior de la lanza, lo golpeó en el cuerpo, de modo que la lanza salió por detrás de él; y allí cayó y murió en el mismo lugar. Todos los que llegaron al lugar donde cayó y murió Asael se detuvieron.

²⁴ Pero Joab y Abisai persiguieron a Abner. El sol se puso cuando llegaron a la colina de Amma, que está frente a Giah por el camino del desierto de Gabaón. ²⁵ Los hijos de Benjamín se reunieron en pos de Abner y se convirtieron en un solo grupo, y se pusieron en la cima de la colina. ²⁶ Entonces Abner llamó a Joab y le dijo: “¿La espada va a devorar para siempre? ¿No sabes que al final será amarga? ¿Cuánto tiempo pasará entonces, antes de que pidas al pueblo que vuelva de seguir a sus hermanos?”

²⁷ Joab dijo: “Vive Dios, si no hubieras hablado, seguramente por la mañana el pueblo se habría ido, y no habría seguido cada uno a su hermano”. ²⁸ Así que Joab tocó la trompeta, y todo el pueblo se detuvo y no persiguió más a Israel, y no lucharon más. ²⁹ Abner y sus hombres recorrieron toda aquella noche el Arabá, y pasaron el Jordán, atravesaron todo Bitrón y llegaron a Mahanaim.

³⁰ Joab regresó de seguir a Abner, y cuando reunió a todo el pueblo, faltaban diecinueve hombres de David y Asael. ³¹ Pero los siervos de David habían herido a los hombres de Abner,

de modo que murieron trescientos sesenta hombres. ³² Recogieron a Asael y lo enterraron en la tumba de su padre, que estaba en Belén. Joab y sus hombres pasaron toda la noche, y el día amaneció en Hebrón.

3

¹ Hubo una larga guerra entre la casa de Saúl y la de David. David se hacía cada vez más fuerte, pero la casa de Saúl se debilitaba cada vez más. ² A David le nacieron hijos en Hebrón. Su primogénito fue Amnón, de Ahinoam la jezreelita; ³ y su segundo, Chileab, de Abigail la mujer de Nabal el carmelita; y el tercero, Absalón, hijo de Maaca la hija de Talmái, rey de Guesur; ⁴ y el cuarto, Adonías, hijo de Haggit; y el quinto, Sefatías, hijo de Abital; ⁵ y el sexto, Iream, de Eglá, mujer de David. Estos le nacieron a David en Hebrón.

⁶ Mientras había guerra entre la casa de Saúl y la de David, Abner se hizo fuerte en la casa de Saúl. ⁷ Saúl tenía una concubina que se llamaba Rizpa, hija de Aja; e Ishboset le dijo a Abner: “¿Por qué te has metido con la concubina de mi padre?”

⁸ Entonces Abner se enojó mucho por las palabras de Ishboset, y dijo: “¿Soy yo una cabeza de perro que pertenece a Judá? Hoy me muestran bondadoso con la casa de tu padre Saúl, con sus hermanos y con sus amigos, y no te he entregado en manos de David; ¡y sin embargo me acusas hoy de una falta con respecto a esta mujer! ⁹ Que Dios haga lo mismo con Abner, y

más aún, si, como Yahvé ha jurado a David, no hago lo mismo con él: ¹⁰ transferir el reino de la casa de Saúl y establecer el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Beerseba.”

¹¹ No pudo responder a Abner ni una palabra más, porque le tenía miedo.

¹² Abner envió mensajeros a David en su nombre, diciéndole: “¿De quién es la tierra?” y diciendo: “Haz tu alianza conmigo, y he aquí que mi mano estará contigo para traer a todo Israel a tu alrededor.”

¹³ David dijo: “Bien. Haré un tratado contigo, pero te pido una cosa. Esto es, que no verás mi rostro a menos que primero traigas a Mical, la hija de Saúl, cuando vengas a ver mi rostro”.

¹⁴ David envió mensajeros a Isboset, hijo de Saúl, diciéndole: “Entrégame a mi esposa Mical, a quien me dieron en matrimonio por cien prepucios de los filisteos.”

¹⁵ Ishbosheth envió y la separó de su marido, Paltiel hijo de Laish. ¹⁶ Su marido la acompañó, llorando, y la siguió hasta Bahurim. Entonces Abner le dijo: “¡Vete, vuelve!”, y regresó.

¹⁷ Abner se comunicó con los ancianos de Israel, diciendo: “En tiempos pasados, ustedes buscaban que David fuera rey sobre ustedes.

¹⁸ ¡Ahora, pues, háganlo! Porque Yahvé ha hablado de David, diciendo: ‘Por la mano de mi siervo David, salvaré a mi pueblo Israel de la mano de los filisteos y de la mano de todos sus enemigos’.”

¹⁹ Abner también habló en los oídos de Benjamín; y Abner también fue a hablar en los oídos

de David en Hebrón todo lo que le parecía bien a Israel y a toda la casa de Benjamín. ²⁰ Y Abner vino a David a Hebrón, y veinte hombres con él. David hizo un banquete a Abner y a los hombres que estaban con él. ²¹ Abner dijo a David: “Me levantaré e iré y reuniré a todo Israel ante mi señor el rey, para que hagan un pacto contigo y para que reines sobre todo lo que tu alma desee.” David despidió a Abner, y éste se fue en paz.

²² He aquí que los siervos de David y Joab venían de una incursión y traían consigo un gran botín; pero Abner no estaba con David en Hebrón, pues éste lo había despedido y se había ido en paz. ²³ Cuando llegó Joab y todo el ejército que estaba con él, le dijeron a Joab: “Abner hijo de Ner vino al rey, y él lo ha despedido, y se ha ido en paz.”

²⁴ Entonces Joab se acercó al rey y le dijo: “¿Qué has hecho? He aquí que Abner ha venido a ti. ¿Por qué lo has despedido, y ya se ha ido? ²⁵ Tú conoces a Abner, hijo de Ner. Vino a engañarte y a conocer tu salida y tu entrada, y a saber todo lo que haces”.

²⁶ Cuando Joab salió de David, envió mensajeros en busca de Abner, y lo trajeron de vuelta del pozo de Sira; pero David no lo sabía. ²⁷ Cuando Abner regresó a Hebrón, Joab lo apartó en medio de la puerta para hablar con él en voz baja, y lo golpeó allí en el cuerpo, de modo que murió por la sangre de su hermano Asael. ²⁸ Después, cuando David lo oyó, dijo: “Yo y mi reino quedamos libres de culpa ante

el Señor para siempre por la sangre de Abner, hijo de Ner. ²⁹ Que caiga sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre. Que no falte de la casa de Joab ninguno que tenga una baja, o que sea leproso, o que se apoye en un bastón, o que caiga por la espada, o que le falte el pan.” ³⁰ Entonces Joab y su hermano Abisai mataron a Abner, porque éste había matado a su hermano Asael en Gabaón en la batalla.

³¹ David dijo a Joab y a todo el pueblo que estaba con él: “Rasguen sus ropas, vístanse de saco y hagan duelo frente a Abner”. El rey David siguió el féretro. ³² Enterraron a Abner en Hebrón; el rey alzó la voz y lloró ante la tumba de Abner, y todo el pueblo lloró. ³³ El rey se lamentó por Abner y dijo: “¿Debe morir Abner como muere un tonto? ³⁴ Sus manos no fueron atadas, ni sus pies fueron puestos en grilletas. Como un hombre cae ante los hijos de la iniquidad, así caíste tú”.

Todo el pueblo volvió a llorar por él. ³⁵ Todo el pueblo vino a exhortar a David a que comiera pan mientras fuera de día; pero David juró diciendo: “Que Dios me haga así, y más, si pruebo el pan o cualquier otra cosa, hasta que se ponga el sol.”

³⁶ Todo el pueblo se dio por enterado, y les pareció bien, pues todo lo que hacía el rey le parecía bien a todo el pueblo. ³⁷ Así que todo el pueblo y todo Israel comprendieron aquel día que no era del rey matar a Abner hijo de Ner. ³⁸ El rey dijo a sus siervos: “¿No sabéis que hoy ha caído un príncipe y un gran hombre

en Israel? ³⁹ Hoy soy débil, aunque he sido ungido rey. Estos hombres, los hijos de Sarvia, son demasiado duros para mí. Que el Señor recompense al malhechor según su maldad”.

4

¹ Cuando el hijo de Saúl se enteró de que Abner había muerto en Hebrón, sus manos se debilitaron, y todos los israelitas se preocuparon.

² El hijo de Saúl tenía dos hombres que eran capitanes de bandas de asalto. Uno se llamaba Baana y el otro Recab, hijos de Rimón el beerotita, de los hijos de Benjamín (pues Beerot también se considera parte de Benjamín; ³ y los beerotitas huyeron a Gittaim, y han vivido allí como extranjeros hasta hoy).

⁴ Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo que era cojo de los pies. Tenía cinco años cuando llegó la noticia de que Saúl y Jonatán habían salido de Jezreel; y su nodriza lo recogió y huyó. Mientras se apresuraba a huir, él se cayó y quedó cojo. Se llamaba Mefiboset.

⁵ Los hijos de Rimón el beerotita, Recab y Baana, salieron y llegaron al filo del calor del día a la casa de Ishboshet cuando éste descansaba al mediodía. ⁶ Entraron allí, en medio de la casa, como si quisieran recoger trigo, y lo hirieron en el cuerpo; pero Recab y su hermano Baana escaparon. ⁷ Cuando entraron en la casa mientras él estaba acostado en su cama, en su dormitorio, lo golpearon, lo mataron, lo decapitaron y tomaron su cabeza, y se fueron por el camino del Arabá toda la noche. ⁸ Llevaron la cabeza de Isboset a David, a Hebrón, y le dijeron

al rey: “¡He aquí la cabeza de Isboset, hijo de Saúl, tu enemigo, que buscaba tu vida! El Señor ha vengado hoy a mi señor el rey de Saúl y de su descendencia.”

⁹ David respondió a Recab y a su hermano Baana, hijos de Rimón el beerothita, y les dijo: “Vive Yahvé, que ha redimido mi alma de toda adversidad, ¹⁰ cuando alguien me dijo: ‘He aquí que Saúl ha muerto’, pensando que traía buenas noticias, lo agarré y lo maté en Siclag, que fue la recompensa que le di por sus noticias. ¹¹ ¿Cuánto más, si los malvados han matado a un justo en su propia casa, en su lecho, no he de exigir ahora su sangre de tu mano, y librar la tierra de ti?” ¹² David ordenó a sus jóvenes, y los mataron, les cortaron las manos y los pies y los colgaron junto al estanque de Hebrón. Pero tomaron la cabeza de Isboset y la enterraron en la tumba de Abner en Hebrón.

5

¹ Entonces todas las tribus de Israel acudieron a David en Hebrón y hablaron diciendo: “He aquí que somos tu hueso y tu carne. ² En tiempos pasados, cuando Saúl era rey sobre nosotros, eras tú quien conducía a Israel hacia afuera y hacia adentro. Yahvé te dijo: ‘Tú serás pastor de mi pueblo Israel, y serás príncipe sobre Israel’ ”. ³ Así que todos los ancianos de Israel vinieron al rey a Hebrón, y el rey David hizo un pacto con ellos en Hebrón ante Yahvé; y ungieron a David como rey de Israel.

⁴ David tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. ⁵ En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, y en Jerusalén reinó treinta y tres años sobre todo Israel y Judá.

⁶ El rey y sus hombres se dirigieron a Jerusalén contra los jebuseos, habitantes del país, que hablaron a David diciendo: “Los ciegos y los cojos te mantendrán fuera de aquí”, pensando que “David no puede entrar aquí”. ⁷ Sin embargo, David tomó la fortaleza de Sión. Esta es la ciudad de David. ⁸ Aquel día David dijo: “El que golpee a los jebuseos, que suba a la rambla y golpee a los cojos y a los ciegos, que son odiados por el alma de David.” Por eso dicen: “Los ciegos y los cojos no pueden entrar en la casa”.

⁹ David vivió en la fortaleza y la llamó ciudad de David. David construyó alrededor de Millo y hacia adentro. ¹⁰ David crecía cada vez más, porque Yahvé, el Dios de los Ejércitos, estaba con él. ¹¹ Hiram, rey de Tiro, envió mensajeros a David con cedros, carpinteros y albañiles, y le construyeron una casa. ¹² David se dio cuenta de que Yahvé lo había establecido como rey sobre Israel y que había exaltado su reino por causa de su pueblo Israel.

¹³ David tomó para sí más concubinas y esposas fuera de Jerusalén, después de haber venido de Hebrón; y le nacieron más hijos e hijas. ¹⁴ Estos son los nombres de los que le nacieron en Jerusalén Shammua, Shobab, Natán, Salomón, ¹⁵ Ibhar, Elishua, Nepheg, Japhia, ¹⁶ Elishama, Eliada y Eliphelet.

¹⁷ Cuando los filisteos se enteraron de que habían ungido a David como rey de Israel, todos los filisteos subieron a buscar a David, pero éste se enteró y bajó a la fortaleza. ¹⁸ Los filisteos habían llegado y se habían extendido en el valle de Refaim. ¹⁹ David consultó al Señor, diciendo: “¿Debo subir contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?”

Yahvé dijo a David: “Sube, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tu mano”.

²⁰ David llegó a Baal Perazim, y allí los golpeó. Entonces dijo: “Yahvé ha quebrado a mis enemigos ante mí, como la brecha de las aguas”. Por eso llamó a ese lugar Baal Perazim. ²¹ Dejaron allí sus imágenes, y David y sus hombres se las llevaron.

²² Los filisteos volvieron a subir y se extendieron por el valle de Refaim. ²³ Cuando David consultó al Señor, éste le dijo: “No subas. Da la vuelta por detrás de ellos y atácalos frente a las moreras. ²⁴ Cuando oigas el ruido de la marcha en las copas de las moreras, entonces revuélvete, porque entonces Yahvé ha salido delante de ti para atacar al ejército de los filisteos.”

²⁵ David lo hizo así, tal como se lo había ordenado Yahvé, y atacó a los filisteos desde Geba hasta Gezer.

6

¹ David volvió a reunir a todos los hombres elegidos de Israel, treinta mil. ² David se levantó y fue con todo el pueblo que lo acompañaba

desde Baale Judá, para hacer subir desde allí el arca de Dios, que se llama con el Nombre, el nombre de Yahvé de los Ejércitos que se sienta encima de los querubines. ³ Pusieron el arca de Dios en un carro nuevo y la sacaron de la casa de Abinadab, que estaba en la colina; Uza y Ahio, hijos de Abinadab, conducían el carro nuevo. ⁴ Lo sacaron de la casa de Abinadab que estaba en la colina, con el arca de Dios; y Ahio iba delante del arca. ⁵ David y toda la casa de Israel tocaban delante de Yahvé con toda clase de instrumentos de madera de ciprés, con arpas, con instrumentos de cuerda, con pandeetas, con castañuelas y con címbalos.

⁶ Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza alcanzó el arca de Dios y se aferró a ella, pues el ganado tropezó. ⁷ La ira de Yahvé ardió contra Uza, y Dios lo hirió allí por su error; y murió allí junto al arca de Dios. ⁸ David se disgustó porque Yahvé había arremetido contra Uza; y llamó a ese lugar Pérez Uza hasta el día de hoy. ⁹ David tuvo miedo de Yahvé aquel día, y dijo: “¿Cómo podría venir a mí el arca de Yahvé?”. ¹⁰ Así que David no quiso trasladar el arca de Yahvé para que estuviera con él en la ciudad de David, sino que la llevó a un lado, a la casa de Obed-Edom el geteo. ¹¹ El arca de Yahvé permaneció tres meses en la casa de Obed-Edom el geteo, y Yahvé bendijo a Obed-Edom y a toda su casa. ¹² Se le dijo al rey David: “El Señor ha bendecido la casa de Obed-Edom y todo lo que le pertenece, a causa del arca de Dios.”

Entonces David fue y subió con alegría el arca

de Dios desde la casa de Obed-Edom a la ciudad de David. ¹³ Cuando los que llevaban el arca de Yahvé habían recorrido seis pasos, sacrificó un buey y un ternero cebado. ¹⁴ David danzó ante Yahvé con todas sus fuerzas, y se vistió con un efod de lino. ¹⁵ Entonces David y toda la casa de Israel subieron el arca de Yahvé con gritos y con el sonido de la trompeta.

¹⁶ Cuando el arca de Yahvé llegó a la ciudad de David, Mical, hija de Saúl, se asomó a la ventana y vio al rey David saltando y danzando ante Yahvé; y lo despreció en su corazón. ¹⁷ Hicieron entrar el arca de Yahvé y la colocaron en su lugar, en medio de la tienda que David había montado para ella; y David ofreció holocaustos y ofrendas de paz ante Yahvé. ¹⁸ Cuando David terminó de ofrecer los holocaustos y las ofrendas de paz, bendijo al pueblo en nombre de Yahvé de los Ejércitos. ¹⁹ Dio a todo el pueblo, de entre toda la multitud de Israel, tanto a los hombres como a las mujeres, a cada uno una porción de pan, dátiles y pasas. Y todo el pueblo se fue, cada uno a su casa.

²⁰ Entonces David volvió para bendecir a su familia. Mical, la hija de Saúl, salió al encuentro de David y dijo: “¡Qué glorioso ha sido hoy el rey de Israel, que se ha descubierto a los ojos de las criadas de sus siervos, como se descubre descaradamente uno de los vanidosos!”

²¹ David dijo a Mical: “Fue ante Yahvé, que me eligió por encima de tu padre y de toda su casa, para nombrarme príncipe del pueblo de Yahvé, de Israel. Por eso celebraré ante Yahvé.

²² Todavía seré más indigno que esto, y no tendré ningún valor a mis ojos. Pero las doncellas de las que has hablado me honrarán”.

²³ Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos hasta el día de su muerte.

7

¹ Cuando el rey vivía en su casa, y Yahvé le había dado descanso de todos sus enemigos alrededor, ² el rey dijo al profeta Natán: “Mira ahora, yo habito en una casa de cedro, pero el arca de Dios habita dentro de las cortinas.”

³ Natán dijo al rey: “Ve, haz todo lo que está en tu corazón, porque Yahvé está contigo”.

⁴ Esa misma noche, la palabra de Yahvé llegó a Natán, diciendo: ⁵ “Ve y dile a mi siervo David: “Dice Yahvé: “¿Debes construirme una casa para que habite en ella? ⁶ Porque no he vivido en una casa desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto, hasta hoy, sino que me he movido en una tienda y en un tabernáculo.

⁷ En todos los lugares por donde he andado con todos los hijos de Israel, ¿he dicho alguna palabra a alguno de las tribus de Israel a quien mandé que fuera pastor de mi pueblo Israel, diciendo: “¿Por qué no me habéis construido una casa de cedro?” ’ ⁸ Ahora, pues, dile esto a mi siervo David: ‘Dice el Señor de los Ejércitos:

“Te tomé del corral de las ovejas, de seguir a las ovejas, para ser príncipe de mi pueblo, de Israel. ⁹ Yo he estado contigo dondequiera que hayas ido, y he eliminado a todos tus enemigos de delante de ti. Te haré un nombre grande, como

el nombre de los grandes que hay en la tierra. ¹⁰ Designaré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, para que habite en su propio lugar y no se mueva más. Los hijos de la maldad no los afligirán más, como al principio, ¹¹ y como desde el día en que ordené que hubiera jueces sobre mi pueblo Israel. Les haré descansar de todos sus enemigos. Además, Yahvé te dice que Yahvé te hará una casa. ¹² Cuando se cumplan tus días y duermas con tus padres, levantaré después de ti a tu descendiente, que saldrá de tu cuerpo, y estableceré su reino. ¹³ Él construirá una casa a mi nombre, y yo estableceré el trono de su reino para siempre. ¹⁴ Yo seré su padre, y él será mi hijo. Si comete una iniquidad, lo castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres; ¹⁵ pero mi bondad no se apartará de él, como la aparté de Saúl, a quien expulsé antes de ti. ¹⁶ Tu casa y tu reino serán asegurados para siempre delante de ti. Tu trono será establecido para siempre"". ¹⁷ Natán le dijo a David todas estas palabras y según toda esta visión.

¹⁸ Entonces el rey David entró y se sentó delante de Yahvé, y dijo: "¿Quién soy yo, Señor Yahvé, y cuál es mi casa, para que me hayas traído hasta aquí? ¹⁹ Esto era aún poco a tus ojos, Señor Yahvé, pero también has hablado de la casa de tu siervo por mucho tiempo; y esto entre los hombres, Señor Yahvé. ²⁰ ¿Qué más puede decirte David? Porque tú conoces a tu siervo, Señor Yahvé. ²¹ Por tu palabra, y según tu propio corazón, has obrado toda esta grandeza, para

que tu siervo la conozca. ²² Por eso eres grande, Yahvé Dios. Porque no hay nadie como tú, ni hay otro Dios fuera de ti, según todo lo que hemos oído con nuestros oídos. ²³ ¿Qué nación hay en la tierra que sea como tu pueblo, como Israel, al que Dios fue a redimir para sí como pueblo, y a hacerse un nombre, y a hacer cosas grandes para ti, y cosas impresionantes para tu tierra, ante tu pueblo, al que redimiste para ti de Egipto, de las naciones y de sus dioses? ²⁴ Estableciste para ti a tu pueblo Israel para que fuera tu pueblo para siempre; y tú, Yahvé, te convertiste en su Dios.

²⁵ “Ahora bien, Yahvé Dios, la palabra que has pronunciado sobre tu siervo y sobre su casa, confírmala para siempre y haz lo que has dicho. ²⁶ Que tu nombre sea engrandecido para siempre, diciendo: ‘El Señor de los Ejércitos es Dios sobre Israel; y la casa de tu siervo David será establecida ante ti’. ²⁷ Porque tú, Señor de los Ejércitos, Dios de Israel, has revelado a tu siervo, diciendo: ‘Yo te construiré una casa’. Por eso tu siervo ha encontrado en su corazón el rezarte esta oración.

²⁸ “Ahora bien, Señor Yahvé, tú eres Dios, y tus palabras son verdaderas, y has prometido este bien a tu siervo. ²⁹ Ahora, pues, te conviene bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti; porque tú, Señor Yahvé, lo has dicho. Que la casa de tu siervo sea bendecida para siempre con tu bendición”.

8

¹ Después de esto, David golpeó a los filisteos y

los sometió; y David tomó el freno de la ciudad madre de la mano de los filisteos. ² Derrotó a Moab, y los midió con el cordel, haciéndolos acostar en el suelo; y midió dos cordeles para darles muerte, y un cordel completo para mantenerlos vivos. Los moabitas se convirtieron en siervos de David, y trajeron tributo.

³ David también hirió a Hadadézer hijo de Rehob, rey de Soba, cuando iba a recuperar su dominio en el río. ⁴ David le quitó mil setecientos jinetes y veinte mil hombres de a pie. David ató los caballos de los carros, pero reservó los suficientes para cien carros. ⁵ Cuando los sirios de Damasco vinieron a ayudar a Hadadézer, rey de Soba, David hirió a veintidós mil hombres de los sirios. ⁶ Entonces David puso guarniciones en Siria de Damasco, y los sirios se convirtieron en siervos de David y le trajeron tributo. El Señor le dio la victoria a David dondequiera que fuera. ⁷ David tomó los escudos de oro que tenían los siervos de Hadadézer y los llevó a Jerusalén. ⁸ De Betah y de Berothai, ciudades de Hadadzer, el rey David tomó una gran cantidad de bronce.

⁹ Cuando Toi, rey de Hamat, se enteró de que David había golpeado a todo el ejército de Hadadézer, ¹⁰ entonces Toi envió a Joram, su hijo, a saludar al rey David y a bendecirlo, porque había luchado contra Hadadézer y lo había golpeado; pues Hadadézer tenía guerras con Toi. Joram trajo consigo vasos de plata, vasos de oro y vasos de bronce. ¹¹ El rey David también los dedicó a Yahvé, con la plata y el oro que dedicó de todas las naciones que sometió: ¹² de

Siria, de Moab, de los hijos de Amón, de los filisteos, de Amalec y del botín de Hadadézer, hijo de Rehob, rey de Soba.

¹³ David se ganó una reputación cuando volvió de abatir a dieciocho mil hombres de los sirios en el Valle de la Sal. ¹⁴ Puso guarniciones en Edom. En todo Edom puso guarniciones, y todos los edomitas se convirtieron en siervos de David. El Señor le dio la victoria a David dondequiera que fuera.

¹⁵ David reinó sobre todo Israel; y David hizo justicia y rectitud a todo su pueblo. ¹⁶ Joab, hijo de Sarvia, estaba al frente del ejército; Josafat, hijo de Ahilud, era secretario; ¹⁷ Sadoc, hijo de Ajitub, y Ajimelec, hijo de Abiatar, eran sacerdotes; Seraías era escriba; ¹⁸ Benaía, hijo de Joiada, estaba al frente de los cereteos y de los peleteos; y los hijos de David eran ministros principales.

9

¹ David dijo: “¿Queda todavía alguien de la casa de Saúl, para que le haga un favor en favor de Jonatán?” ² Había de la casa de Saúl un siervo que se llamaba Siba, y lo llamaron a David, y el rey le dijo: “¿Eres tú Siba?”

Dijo: “Soy tu siervo”.

³ El rey dijo: “¿No hay todavía nadie de la casa de Saúl, para que le muestre la bondad de Dios?”

Siba dijo al rey: “Jonatán aún tiene un hijo, que es cojo de los pies”.

⁴ El rey le dijo: “¿Dónde está?”.

Siba dijo al rey: “He aquí que está en casa de Maquir, hijo de Ammiel, en Lo Debar”.

⁵ Entonces el rey David envió y lo sacó de la casa de Maquir, hijo de Amiel, de Lo Debar.

⁶ Mefiboset, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, se acercó a David, se postró sobre su rostro y le mostró respeto. David dijo: “¿Mefiboset?”

Él respondió: “He aquí tu siervo”.

⁷ David le dijo: “No temas, porque seguramente te mostraré bondad por amor a Jonatán, tu padre, y te devolveré toda la tierra de Saúl, tu padre. Comerás continuamente el pan en mi mesa”.

⁸ Se inclinó y dijo: “¿Qué es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?”.

⁹ Entonces el rey llamó a Siba, siervo de Saúl, y le dijo: “Todo lo que era de Saúl y de toda su casa se lo he dado al hijo de tu amo. ¹⁰ Labra la tierra para él: tú, tus hijos y tus siervos. Trae la cosecha, para que el hijo de tu amo tenga pan que comer; pero Mefiboset, el hijo de tu amo, siempre comerá pan en mi mesa.”

Y Siba tenía quince hijos y veinte siervos. ¹¹ Entonces Siba dijo al rey: “Según todo lo que mi señor el rey ordena a su siervo, así lo hará tu siervo”. Así que Mefiboset comía en la mesa del rey como uno de sus hijos. ¹² Mefiboset tenía un hijo pequeño que se llamaba Mica. Todos los que vivían en la casa de Siba eran siervos de Mefiboset. ¹³ Así que Mefiboset vivía en Jerusalén, pues comía continuamente en la mesa del rey. Era cojo de ambos pies.

10

¹ Después de esto, el rey de los hijos de Amón murió, y su hijo Hanún reinó en su lugar. ² David dijo: “Me mostraré bondadoso con Hanún, hijo de Nahas, como su padre se mostró bondadoso conmigo”. Así que David envió por medio de sus siervos a consolarlo en lo que respecta a su padre. Los siervos de David llegaron a la tierra de los hijos de Amón.

³ Pero los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún, su señor: “¿Piensas que David honra a tu padre, pues te ha enviado consoladores? ¿Acaso no ha enviado David a sus siervos para que registren la ciudad, la espíen y la derriben?”

⁴ Entonces Hanún tomó a los siervos de David, les afeitó la mitad de la barba y les cortó los vestidos por la mitad, hasta las nalgas, y los despidió. ⁵ Cuando le contaron esto a David, éste envió a recibirlos, pues los hombres estaban muy avergonzados. El rey les dijo: “Esperen en Jericó hasta que les crezca la barba, y luego vuelvan”.

⁶ Cuando los hijos de Amón vieron que se habían vuelto odiosos para David, los hijos de Amón enviaron y contrataron a los sirios de Bet Rehob y a los sirios de Soba, veinte mil hombres de a pie, y al rey de Maaca con mil hombres, y a los hombres de Tob doce mil hombres. ⁷ Cuando David se enteró, envió a Joab y a todo el ejército de valientes. ⁸ Los hijos de Amón salieron y pusieron la batalla en orden a la entrada de la puerta. Los sirios de Soba y de Rehob y los hombres de Tob y de Maaca estaban solos

en el campo. ⁹ Cuando Joab vio que la batalla estaba en su contra por delante y por detrás, eligió a todos los hombres selectos de Israel y los puso en orden de batalla contra los sirios. ¹⁰ El resto del pueblo lo puso en manos de Abisai, su hermano, y lo alineó contra los amonitas. ¹¹ Dijo: "Si los sirios son demasiado fuertes para mí, tú me ayudarás; pero si los hijos de Amón son demasiado fuertes para ti, yo iré a ayudarte. ¹² Sé valiente y seamos fuertes por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios; y que Yahvé haga lo que le parezca bien." ¹³ Así que Joab y la gente que estaba con él se acercaron a la batalla contra los sirios, y huyeron ante él. ¹⁴ Cuando los hijos de Amón vieron que los sirios habían huido, también ellos huyeron ante Abisai y entraron en la ciudad. Entonces Joab regresó de los hijos de Amón y llegó a Jerusalén.

¹⁵ Cuando los sirios vieron que habían sido derrotados por Israel, se reunieron. ¹⁶ Hadadzer envió y sacó a los sirios que estaban al otro lado del río; y llegaron a Helam, con Sobac, el capitán del ejército de Hadadzer, a la cabeza. ¹⁷ David fue informado de esto, y reunió a todo Israel, pasó el Jordán y llegó a Helam. Los sirios se pusieron en guardia contra David y lucharon contra él. ¹⁸ Los sirios huyeron ante Israel, y David mató a setecientos aurigas de los sirios y a cuarenta mil jinetes, e hirió a Sobac, jefe de su ejército, que murió allí. ¹⁹ Cuando todos los reyes que estaban al servicio de Hadadézer vieron que habían sido derrotados

ante Israel, hicieron la paz con Israel y les sirvieron. Entonces los sirios tuvieron miedo de seguir ayudando a los hijos de Amón.

11

¹ A la vuelta del año, en el tiempo en que salen los reyes, David envió con él a Joab y a sus siervos, y a todo Israel; y destruyeron a los hijos de Amón y sitiaron Rabá. Pero David se quedó en Jerusalén. ² Al anochecer, David se levantó de su cama y se paseó por el tejado de la casa real. Desde el tejado vio a una mujer bañándose, y la mujer era muy hermosa de ver. ³ David envió a preguntar por la mujer. Le dijo: “¿No es ésta Betsabé, la hija de Eliam, esposa de Urías el hitita?”.

⁴ David envió mensajeros, y la tomó; ella entró a él, y él se acostó con ella (pues estaba purificada de su impureza); y ella volvió a su casa. ⁵ La mujer concibió, y envió a avisar a David, diciendo: “Estoy embarazada”.

⁶ David envió a Joab: “Envíame a Urías el hitita”. Joab envió a Urías a David. ⁷ Cuando Urías llegó a él, David le preguntó cómo le había ido a Joab, cómo le había ido al pueblo y cómo había prosperado la guerra. ⁸ David le dijo a Urías: “Baja a tu casa y lávate los pies”. Urías salió de la casa del rey, y se envió tras él un regalo del rey. ⁹ Pero Urías durmió a la puerta de la casa del rey con todos los servidores de su señor, y no bajó a su casa. ¹⁰ Cuando se lo contaron a David, diciendo: “Urías no bajó a

su casa”, David le dijo a Urías: “¿No vienes de viaje? ¿Por qué no has bajado a tu casa?”

¹¹ Urías dijo a David: “El arca, Israel y Judá están en tiendas, y mi señor Joab y los servidores de mi señor están acampados en el campo. ¿Debo, pues, entrar en mi casa para comer y beber, y acostarme con mi mujer? Mientras vivas tú y tu alma, no haré esto”.

¹² David le dijo a Urías: “Quédate aquí también hoy, y mañana te dejaré partir”. Así que Urías se quedó en Jerusalén ese día y el siguiente.

¹³ Cuando David lo llamó, comió y bebió delante de él, y lo embriagó. Al anochecer, salió a acostarse en su cama con los servidores de su señor, pero no bajó a su casa. ¹⁴ Por la mañana, David escribió una carta a Joab y la envió por mano de Urías. ¹⁵ En la carta le decía: “Envía a Urías a la vanguardia de la batalla más caliente, y retírate de él, para que sea golpeado y muera”.

¹⁶ Cuando Joab vigilaba la ciudad, destinó a Urías al lugar donde sabía que había hombres valientes. ¹⁷ Los hombres de la ciudad salieron y lucharon con Joab. Algunos de ellos cayeron, incluso de los siervos de David, y también murió Urías el hitita. ¹⁸ Entonces Joab envió a contarle a David todo lo concerniente a la guerra; ¹⁹ y le ordenó al mensajero que dijera: “Cuando termines de contarle al rey todo lo concerniente a la guerra, ²⁰ sucederá que, si se levanta la ira del rey y te pregunta: ‘¿Por qué te acercaste tanto a la ciudad para pelear? ¿No sabías que iban a disparar desde la muralla? ²¹ ¿Quién golpeó a Abimelec, hijo de Jerubbeshet? ¿No le

arrojó una mujer una piedra de molino desde el muro, para que muriera en Tebas? ¿Por qué te acercaste tanto a la muralla?” Entonces dirás: “Tu siervo Urías el hitita también ha muerto”.

²² El mensajero fue, y vino y le mostró a David todo lo que Joab le había enviado. ²³ El mensajero dijo a David: “Los hombres se impusieron a nosotros, y salieron al campo; y estuvimos sobre ellos hasta la entrada de la puerta. ²⁴ Los tiradores dispararon contra tus siervos desde el muro; y algunos de los siervos del rey han muerto, y tu siervo Urías el hitita también ha muerto.”

²⁵ Entonces David dijo al mensajero: “Dile a Joab: ‘No dejes que esto te disguste, pues la espada devora a uno como a otro. Haz que tu batalla sea más fuerte contra la ciudad, y derríbala’. Anímalo”.

²⁶ Cuando la mujer de Urías se enteró de que su marido había muerto, hizo duelo por su marido.

²⁷ Cuando pasó el luto, David la envió y la llevó a su casa, y ella se convirtió en su esposa y le dio un hijo. Pero lo que David había hecho desagradó a Yahvé.

12

¹ Yahvé envió a Natán a David. Se acercó a él y le dijo: “Había dos hombres en una ciudad: uno rico y otro pobre. ² El rico tenía muchos rebaños y manadas, ³ pero el pobre no tenía nada, excepto una ovejita que había comprado y criado. Creció junto a él y a sus hijos. Comía de su comida, bebía de su copa, se acostaba en su seno y era como una hija para él. ⁴ Llegó un

viajero al hombre rico, y éste no quiso tomar de su propio rebaño y de su propia manada para preparar al caminante que había venido a él, sino que tomó el cordero del pobre y lo preparó para el hombre que había venido a él.”

⁵ La ira de David se encendió contra el hombre, y dijo a Natán: “¡Vive Yahvé, que el hombre que ha hecho esto merece morir! ⁶ ¡Debe restituir el cordero cuatro veces, porque ha hecho esto y porque no ha tenido piedad!”

⁷ Natán le dijo a David: “¡Tú eres el hombre! Esto es lo que dice Yahvé, el Dios de Israel: ‘Yo te ungué como rey de Israel, y te libré de la mano de Saúl. ⁸ Te di la casa de tu amo y las mujeres de tu amo en tu seno, y te di la casa de Israel y de Judá; y si eso hubiera sido poco, te habría añadido muchas cosas más. ⁹ ¿Por qué has despreciado la palabra de Yahvé, para hacer lo que es malo a sus ojos? Has herido con la espada a Urías el hitita, has tomado a su mujer para que sea tu esposa, y lo has matado con la espada de los hijos de Amón. ¹⁰ Ahora, pues, la espada nunca se apartará de tu casa, porque me has despreciado y has tomado a la mujer de Urías el hitita como esposa.’

¹¹ “Esto es lo que dice el Señor: ‘He aquí que yo suscito contra ti el mal de tu propia casa; y tomaré tus mujeres ante tus ojos y se las daré a tu prójimo, y él se acostará con tus mujeres a la vista de este sol. ¹² Porque tú hiciste esto en secreto, pero yo haré esto delante de todo Israel y delante del sol’ ”.

¹³ David dijo a Natán: “He pecado contra Yahvé”.

Natán le dijo a David: “También Yahvé ha quitado tu pecado. No morirás. ¹⁴ Sin embargo, como con esta acción has dado gran ocasión a los enemigos de Yahvé para blasfemar, también el niño que te nazca morirá.” ¹⁵ Entonces Natán se fue a su casa.

El Señor golpeó al niño que la mujer de Urías le dio a David, y éste quedó muy enfermo. ¹⁶ David, pues, rogó a Dios por el niño; y David ayunó, y entró y se acostó toda la noche en el suelo. ¹⁷ Los ancianos de su casa se levantaron junto a él para levantarlo de la tierra; pero él no quiso, y no comió pan con ellos. ¹⁸ Al séptimo día, el niño murió. Los siervos de David tuvieron miedo de decirle que el niño había muerto, pues dijeron: “He aquí que, mientras el niño vivía, le hablamos y no escuchó nuestra voz. ¿Cómo se va a perjudicar entonces si le decimos que el niño ha muerto?”

¹⁹ Pero cuando David vio que sus sirvientes cuchicheaban juntos, se dio cuenta de que el niño estaba muerto; y David dijo a sus sirvientes: “¿Ha muerto el niño?”

Dijeron: “Está muerto”.

²⁰ Entonces David se levantó de la tierra, se lavó y se ungió, y se cambió de ropa; entró en la casa de Yahvé y adoró. Luego llegó a su casa; y cuando pidió, le pusieron pan delante y comió. ²¹ Entonces sus servidores le dijeron: “¿Qué es lo que has hecho? Ayunaste y lloraste por el niño

mientras vivía, pero cuando el niño murió, te levantaste y comiste pan.”

²² Dijo: “Mientras el niño vivía, yo ayunaba y lloraba, porque decía: “¿Quién sabe si Yahvé no tendrá piedad de mí para que el niño viva?”

²³ Pero ahora ha muerto. ¿Por qué he de ayunar? ¿Puedo hacer que vuelva a nacer? Iré hacia él, pero no volverá a mí”.

²⁴ David consoló a su mujer Betsabé, se acercó a ella y se acostó con ella. Ella dio a luz un hijo, al que llamó Salomón. Yahvé lo amó; ²⁵ y envió por medio del profeta Natán, y lo llamó Jeditías, por amor a Yahvé.

²⁶ Joab luchó contra Rabá, de los hijos de Amón, y tomó la ciudad real. ²⁷ Joab envió mensajeros a David y le dijo: “He luchado contra Rabá. Sí, he tomado la ciudad de las aguas. ²⁸ Reúne, pues, ahora al resto del pueblo y acampa contra la ciudad y tómala; no sea que yo tome la ciudad y sea llamada con mi nombre.”

²⁹ David reunió a todo el pueblo y fue a Rabá, luchó contra ella y la tomó. ³⁰ Tomó la corona de su rey de la cabeza; su peso era de un talento* de oro, y en ella había piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Sacó de la ciudad una gran cantidad de botín. ³¹ Sacó al pueblo que estaba en ella y lo puso a trabajar bajo sierras, bajo picos de hierro, bajo hachas de hierro, y lo hizo ir al horno de ladrillos; y así hizo con todas las ciudades de los hijos de

* **12:30** Un talento equivale a unos 30 kilogramos o 66 libras o 965 onzas troy.

Amón. Luego David y todo el pueblo regresaron a Jerusalén.

13

¹ Después de esto, Absalón, hijo de David, tenía una hermosa hermana que se llamaba Tamar, y Amnón, hijo de David, la amaba. ² Amnón se preocupó tanto que enfermó a causa de su hermana Tamar, pues ella era virgen, y a Amnón le parecía difícil hacerle algo. ³ Pero Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David; y Jonadab era un hombre muy sutil. ⁴ Le dijo: “¿Por qué, hijo del rey, estás tan triste de un día para otro? ¿No quieres decírmelo?”

Amnón le dijo: “Amo a Tamar, la hermana de mi hermano Absalón”.

⁵ Jonadab le dijo: “Acuéstate en tu cama y finge estar enfermo. Cuando tu padre venga a verte, dile: ‘Por favor, que venga mi hermana Tamar y me dé pan para comer, y prepara la comida a mi vista, para que la vea y la coma de su mano’.”

⁶ Entonces Amnón se acostó y fingió estar enfermo. Cuando el rey vino a verlo, Amnón le dijo al rey: “Por favor, que venga mi hermana Tamar y me haga un par de pasteles en mi presencia, para que coma de su mano.”

⁷ Entonces David envió a casa a Tamar, diciendo: “Ve ahora a casa de tu hermano Amnón y prepárale comida”. ⁸ Así que Tamar fue a la casa de su hermano Amnón, que estaba acostado. Ella tomó masa, la amasó, hizo pasteles a la vista de

él, y horneó los pasteles. ⁹ Tomó la sartén y las sirvió delante de él, pero éste se negó a comer. Amnón dijo: “Que todos los hombres me dejen”. Entonces todos los hombres se alejaron de él. ¹⁰ Amnón dijo a Tamar: “Trae la comida a la habitación, para que coma de tu mano”. Tamar tomó las tortas que había hecho y se las llevó a la habitación a su hermano Amnón. ¹¹ Cuando se las acercó para que comiera, él la agarró y le dijo: “¡Ven, acuéstate conmigo, hermana mía!”

¹² Ella le respondió: “¡No, hermano mío, no me obligues! Porque no se debe hacer tal cosa en Israel. ¡No hagas esta locura! ¹³ En cuanto a mí, ¿dónde voy a llevar mi vergüenza? Y en cuanto a ti, serás como uno de los necios de Israel. Ahora, pues, por favor, habla con el rey; porque él no me negará nada”.

¹⁴ Pero él no quiso escuchar su voz, sino que, siendo más fuerte que ella, la forzó y se acostó con ella. ¹⁵ Entonces Amnón la odió con un odio muy grande, pues el odio con que la odiaba era mayor que el amor con que la había amado. Amnón le dijo: “¡Levántate, vete!”

¹⁶ Ella le dijo: “¡No, porque este gran agravio al despedirme es peor que el otro que me hiciste!”

Pero él no quiso escucharla. ¹⁷ Entonces llamó a su criado, que le servía, y le dijo: “Aparta ahora a esta mujer de mí y echa el cerrojo tras ella.”

¹⁸ Llevaba un vestido de varios colores, pues las hijas del rey que eran vírgenes se vestían con tales ropas. Entonces su criado la sacó y cerró la puerta tras ella. ¹⁹ Tamar se puso ceniza en la

cabeza y se rasgó el vestido de varios colores que llevaba puesto; se puso la mano en la cabeza y se fue, llorando en voz alta mientras se iba. ²⁰ Su hermano Absalón le dijo: “¿Amnón, tu hermano, ha estado contigo? Pero ahora calla, hermana mía. Él es tu hermano. No te tomes esto a pecho”.

Así que Tamar se quedó desolada en casa de su hermano Absalón. ²¹ Pero cuando el rey David se enteró de todas estas cosas, se enojó mucho. ²² Absalón no hablaba con Amnón ni bien ni mal, porque Absalón odiaba a Amnón porque había forzado a su hermana Tamar.

²³ Después de dos años completos, Absalón tenía esquiladores de ovejas en Baal Hazor, que está junto a Efraín; y Absalón invitó a todos los hijos del rey. ²⁴ Absalón fue a ver al rey y le dijo: “Mira ahora, tu siervo tiene esquiladores de ovejas. Por favor, deja que el rey y sus siervos vayan con tu siervo”.

²⁵ El rey dijo a Absalón: “No, hijo mío, no vayamos todos, no vaya a ser que seamos una carga para ti”. Lo presionó; sin embargo, no quiso ir, sino que lo bendijo.

²⁶ Entonces Absalón dijo: “Si no, deja que mi hermano Amnón venga con nosotros”.

El rey le dijo: “¿Por qué ha de ir contigo?”.

²⁷ Pero Absalón lo presionó, y dejó que Amnón y todos los hijos del rey se fueran con él. ²⁸ Absalón ordenó a sus siervos, diciendo: “Fíjense ahora, cuando el corazón de Amnón esté alegre por el vino; y cuando yo les diga: ‘Golpeen a Amnón’, entonces mátenlo. No

tengáis miedo. ¿No te lo he ordenado? Sé valiente, y sé valeroso”.

²⁹ Los siervos de Absalón hicieron con Amnón lo que éste les había ordenado. Entonces todos los hijos del rey se levantaron, y cada uno subió a su mula y huyó.

³⁰ Mientras iban de camino, llegó a David la noticia: “¡Absalón ha matado a todos los hijos del rey, y no queda ni uno de ellos!”

³¹ Entonces el rey se levantó, se rasgó las vestiduras y se echó en tierra; y todos sus servidores estaban con las vestiduras rasgadas.

³² Jonadab hijo de Simea, hermano de David, respondió: “No deje mi señor suponer que han matado a todos los jóvenes, hijos del rey, pues sólo Amnón ha muerto; porque por designación de Absalón esto ha sido determinado desde el día en que forzó a su hermana Tamar. ³³ Ahora, pues, que mi señor el rey no se tome el asunto a pecho, para pensar que todos los hijos del rey han muerto, pues sólo Amnón ha muerto.”

³⁴ Pero Absalón huyó. El joven que vigilaba levantó los ojos y miró, y he aquí que por la ladera del monte venía mucha gente detrás de él. ³⁵ Jonadab dijo al rey: “¡Mira que vienen los hijos del rey! Es como dijo tu siervo”. ³⁶ Tan pronto como terminó de hablar, he aquí que los hijos del rey venían, y alzaban la voz y lloraban. También el rey y todos sus servidores lloraron amargamente.

³⁷ Pero Absalón huyó y se fue a Talmai, hijo de Ammihur, rey de Gesur. David lloraba a su hijo todos los días. ³⁸ Así que Absalón huyó y se fue

a Guesur, y estuvo allí tres años. ³⁹ El rey David anhelaba salir a ver a Absalón, pues estaba consolado por Amnón, ya que había muerto.

14

¹ Joab, hijo de Sarvia, se dio cuenta de que el corazón del rey estaba inclinado hacia Absalón. ² Joab envió a Tecoa y trajo de allí a una mujer sabia, y le dijo: “Por favor, actúa como una mujer de luto, y ponte ropa de luto, por favor, y no te unjas con aceite, sino sé como una mujer que ha llorado mucho tiempo a un muerto. ³ Entra al rey y háblale así”. Entonces Joab puso las palabras en su boca.

⁴ Cuando la mujer de Tecoa se dirigió al rey, se postró en el suelo, mostró respeto y dijo: “¡Ayuda, oh rey!”

⁵ El rey le dijo: “¿Qué te pasa?”

Ella respondió: “Verdaderamente soy viuda, y mi marido ha muerto. ⁶ Tu siervo tenía dos hijos, y ambos peleaban juntos en el campo, y no había quien los separara, pero el uno hirió al otro y lo mató. ⁷ He aquí que toda la familia se ha levantado contra tu siervo, y dicen: “Entrega al que hirió a su hermano, para que lo matemos por la vida de su hermano al que mató, y así destruir también al heredero. Así apagarían mi carbón que queda, y no dejarían a mi marido ni nombre ni resto en la superficie de la tierra.”

⁸ El rey dijo a la mujer: “Vete a tu casa, y yo daré una orden sobre ti”.

⁹ La mujer de Tecoa dijo al rey: “Rey, señor mío, que la iniquidad caiga sobre mí y sobre la

casa de mi padre, y que el rey y su trono queden libres de culpa.”

¹⁰ El rey dijo: “Quien te diga algo, tráemelo y no te molestará más”.

¹¹ Entonces ella dijo: “Por favor, que el rey se acuerde de Yahvé, tu Dios, para que el vengador de la sangre no destruya más, para que no destruyan a mi hijo”.

Dijo: “Vive Yahvé, que ni un pelo de tu hijo caerá a la tierra”.

¹² Entonces la mujer dijo: “Por favor, deja que tu siervo hable una palabra a mi señor el rey”.

Dijo: “Diga”.

¹³ La mujer dijo: “¿Por qué, pues, has ideado tal cosa contra el pueblo de Dios? Porque al decir esta palabra el rey es como uno que es culpable, ya que el rey no hace volver a casa a su desterrado. ¹⁴ Porque es necesario que muramos, y somos como el agua derramada en la tierra, que no puede volver a recogerse; y Dios no quita la vida, sino que inventa medios para que el desterrado no sea desterrado de él. ¹⁵ Ahora, pues, viendo que he venido a decir esta palabra a mi señor el rey, es porque el pueblo me ha hecho temer. Tu siervo dijo: ‘Ahora hablaré al rey; puede ser que el rey cumpla la petición de su siervo’. ¹⁶ Porque el rey escuchará, para librar a su siervo de la mano del hombre que quiere destruirnos a mí y a mi hijo juntos de la herencia de Dios. ¹⁷ Entonces su siervo dijo: ‘Por favor, que la palabra de mi señor el rey traiga descanso; porque como un ángel de Dios, así es mi señor

el rey para discernir lo bueno y lo malo. Que Yahvé, tu Dios, esté contigo' ”.

¹⁸ El rey respondió a la mujer: “Por favor, no me ocultes nada de lo que te pido”.

La mujer dijo: “Que hable ahora mi señor el rey”.

¹⁹ El rey dijo: “¿Está la mano de Joab contigo en todo esto?”

La mujer respondió: “Vive tu alma, mi señor el rey, que nadie puede volverse a la derecha o a la izquierda de nada de lo que mi señor el rey ha dicho; porque tu siervo Joab me urgió, y puso todas estas palabras en boca de tu siervo. ²⁰ Tu siervo Joab ha hecho esto para cambiar la cara del asunto. Mi señor es sabio, según la sabiduría de un ángel de Dios, para conocer todas las cosas que hay en la tierra.”

²¹ El rey dijo a Joab: “Mira ahora, he concedido esto. Ve, pues, y haz volver al joven Absalón”.

²² Joab se postró en el suelo sobre su rostro, mostró respeto y bendijo al rey. Joab dijo: “Hoy sabe tu siervo que he hallado gracia ante tus ojos, mi señor, oh rey, pues el rey ha cumplido la petición de su siervo”.

²³ Entonces Joab se levantó y fue a Gesur, y trajo a Absalón a Jerusalén. ²⁴ El rey dijo: “Que vuelva a su casa, pero que no vea mi rostro”. Así que Absalón volvió a su casa y no vio el rostro del rey. ²⁵ En todo Israel no había nadie que fuera tan alabado como Absalón por su belleza. Desde la planta de su pie hasta la coronilla de su cabeza no había en él ningún defecto. ²⁶ Cuando se cortaba el pelo de la cabeza (ahora era al

final de cada año que se lo cortaba; porque le pesaba, por eso se lo cortaba), pesaba el pelo de su cabeza en doscientos siclos,* según el peso del rey. ²⁷ A Absalón le nacieron tres hijos y una hija que se llamaba Tamar. Era una mujer de rostro hermoso. ²⁸ Absalón vivió dos años enteros en Jerusalén, y no vio el rostro del rey. ²⁹ Entonces Absalón mandó llamar a Joab para que lo enviara al rey, pero éste no quiso acudir a él. Volvió a enviar por segunda vez, pero no quiso venir. ³⁰ Entonces dijo a sus siervos: “He aquí que el campo de Joab está cerca del mío, y tiene allí cebada. Vayan y préndanle fuego”. Así que los siervos de Absalón prendieron fuego al campo.

³¹ Entonces Joab se levantó y vino a Absalón a su casa y le dijo: “¿Por qué tus siervos han incendiado mi campo?”

³² Absalón respondió a Joab: “He aquí que yo te envié a decir: “Ven aquí, para que te envíe al rey a decir: “¿Por qué he venido de Guesur? Sería mejor para mí estar todavía allí. Ahora, pues, déjame ver la cara del rey; y si hay iniquidad en mí, que me mate””.

³³ Entonces Joab vino al rey y se lo comunicó; y cuando llamó a Absalón, éste vino al rey y se postró en tierra ante el rey; y el rey besó a Absalón.

* **14:26** Un siclo equivale a unos 10 gramos o a unas 0,35 onzas, por lo que 200 siclos equivalen a unos 2 kilogramos o a unas 4,4 libras.

15

¹ Después de esto, Absalón preparó para sí un carro y caballos, y cincuenta hombres para que corrieran delante de él. ² Absalón se levantó temprano y se puso junto al camino de la puerta. Cuando alguno tenía un pleito que debía presentarse ante el rey para ser juzgado, Absalón lo llamaba y le decía: “¿De qué ciudad eres?”

Dijo: “Tu siervo es de una de las tribus de Israel”.

³ Absalón le dijo: “He aquí que tus asuntos son buenos y correctos, pero no hay nadie nombrado por el rey para oírte.” ⁴ Absalón dijo además: “¡Oh, si me nombraran juez en el país, para que todo hombre que tuviera algún pleito o causa viniera a mí y yo le hiciera justicia!” ⁵ Era así, que cuando algún hombre se acercaba a inclinarse ante él, extendía la mano, lo tomaba y lo besaba. ⁶ Absalón hacía este tipo de cosas con todo Israel que se acercaba al rey para pedirle justicia. Así, Absalón robó el corazón de los hombres de Israel.

⁷ Al cabo de cuarenta años, Absalón dijo al rey: “Por favor, déjame ir a pagar mi voto, que he hecho a Yahvé, en Hebrón. ⁸ Porque tu siervo hizo un voto mientras estaba en Guesur, en Siria, diciendo: “Si Yahvé me hace volver a Jerusalén, entonces serviré a Yahvé.”

⁹ El rey le dijo: “Ve en paz”.

Así que se levantó y se dirigió a Hebrón. ¹⁰ Pero Absalón envió espías por todas las tribus de Israel, diciendo: “En cuanto oigan el sonido

de la trompeta, dirán: “¡Absalón es rey en Hebrón!””

¹¹ Doscientos hombres salieron con Absalón de Jerusalén, que fueron invitados, y fueron en su sencillez; y no sabían nada. ¹² Absalón mandó llamar a Ajitofel el gilonita, consejero de David, desde su ciudad, desde Giloh, mientras ofrecía los sacrificios. La conspiración era fuerte, pues el pueblo aumentaba continuamente con Absalón.

¹³ Un mensajero llegó a David diciendo: “El corazón de los hombres de Israel está en pos de Absalón”.

¹⁴ David dijo a todos sus servidores que estaban con él en Jerusalén: “¡Levántate! Huyamos, o ninguno de nosotros escapará de Absalón. Apresúrense a partir, no sea que nos alcance rápidamente y haga caer el mal sobre nosotros, y golpee la ciudad con el filo de la espada.”

¹⁵ Los siervos del rey dijeron al rey: “He aquí que tus siervos están dispuestos a hacer lo que mi señor el rey quiera”.

¹⁶ El rey salió, y toda su casa tras él. El rey dejó a diez mujeres, que eran concubinas, para que cuidaran la casa. ¹⁷ El rey salió, y todo el pueblo tras él; y se quedaron en Bet Merac. ¹⁸ Todos sus siervos pasaron junto a él, y todos los cereteos, los peleteos y los gitanos, seiscientos hombres que vinieron tras él desde Gat, pasaron delante del rey.

¹⁹ Entonces el rey le dijo a Ittai el gita: “¿Por qué también tú vas con nosotros? Regresa y quédate con el rey, pues eres extranjero y también desterrado. Vuelve a tu lugar. ²⁰ Ya que

viniste ayer, ¿he de hacerte subir y bajar hoy con nosotros, ya que yo voy donde puedo? Vuelve y recupera a tus hermanos. La misericordia y la verdad sean contigo”.

²¹ Ittai respondió al rey y dijo: “Vive Yahvé y vive mi señor el rey, ciertamente en el lugar en que esté mi señor el rey, ya sea para la muerte o para la vida, tu siervo estará también allí.”

²² David dijo a Ittai: “Ve y pasa”. Pasó Ittai, el getita, y todos sus hombres, y todos los pequeños que estaban con él. ²³ Todo el país lloró a gritos, y todo el pueblo pasó. También el rey pasó el arroyo de Cedrón, y todo el pueblo pasó hacia el camino del desierto. ²⁴ También vino Sadoc, y con él todos los levitas, llevando el arca del pacto de Dios, y depositaron el arca de Dios; y Abiatar subió hasta que todo el pueblo terminó de salir de la ciudad. ²⁵ El rey dijo a Sadoc: “Lleva el arca de Dios de vuelta a la ciudad. Si hallo gracia ante los ojos de Yahvé, él me hará volver, y me mostrará tanto ella como su morada; ²⁶ pero si dice: ‘No me complaces’, aquí estoy. Que haga conmigo lo que le parezca bien”. ²⁷ El rey dijo también al sacerdote Sadoc: “¿No eres vidente? Vuelve a la ciudad en paz, y tus dos hijos contigo, Ahimaas tu hijo y Jonatán el hijo de Abiatar. ²⁸ Yo me quedaré en los vados del desierto hasta que me llegue una noticia tuya para informarme.” ²⁹ Así pues, Sadoc y Abiatar volvieron a llevar el arca de Dios a Jerusalén, y se quedaron allí. ³⁰ David subió por la cuesta del monte de los Olivos, y lloró al subir; se cubrió la cabeza y fue

descalzo. Todo el pueblo que estaba con él se cubrió la cabeza, y subieron llorando.

³¹ Alguien le dijo a David: “Ajitófel está entre los conspiradores con Absalón”.

David dijo: “Yahvé, por favor, convierte el consejo de Ajitófel en una tontería”.

³² Cuando David llegó a la cima, donde se adoraba a Dios, he aquí que Husai el arquita salió a su encuentro con la túnica rota y tierra en la cabeza. ³³ David le dijo: “Si pasas conmigo, serás una carga para mí; ³⁴ pero si vuelves a la ciudad y le dices a Absalón: “Seré tu siervo, oh rey. Como he sido siervo de tu padre en el pasado, así seré ahora tu siervo; entonces derrotarás para mí el consejo de Ajitófel.’ ³⁵ ¿No tienes allí contigo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar? Por tanto, todo lo que oigas de la casa del rey, dilo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar. ³⁶ He aquí que tienen allí con ellos a sus dos hijos, Ahimaas, hijo de Sadoc, y Jonatán, hijo de Abiatar. Envíame todo lo que oigas por ellos”.

³⁷ Entonces Husai, amigo de David, entró en la ciudad; y Absalón entró en Jerusalén.

16

¹ Cuando David estaba un poco más arriba, he aquí que Siba, el siervo de Mefiboset, le salió al encuentro con un par de asnos ensillados, y sobre ellos doscientos panes, cien racimos de pasas, cien frutos de verano y un recipiente de vino. ² El rey dijo a Siba: “¿Qué quieres decir con esto?”

Siba dijo: “Los asnos son para que los monte la casa del rey; y el pan y la fruta de verano para que los coman los jóvenes; y el vino, para que lo beban los que están cansados en el desierto.”

³ El rey dijo: “¿Dónde está el hijo de tu amo?”

Siba dijo al rey: “He aquí que él se queda en Jerusalén, porque ha dicho: “Hoy la casa de Israel me devolverá el reino de mi padre””.

⁴ Entonces el rey dijo a Siba: “Mira, todo lo que pertenece a Mefiboset es tuyo”.

Ziba dijo: “Me inclino. Haz que encuentre favor ante tus ojos, mi señor, oh rey”.

⁵ Cuando el rey David llegó a Bahurim, he aquí que salió un hombre de la familia de la casa de Saúl, cuyo nombre era Simei, hijo de Gera. Salió y maldijo al llegar. ⁶ Arrojó piedras contra David y contra todos los servidores del rey David, y todo el pueblo y todos los valientes estaban a su derecha y a su izquierda. ⁷ Al maldecir, Simei dijo: “¡Vete, vete, hombre de sangre y malvado! ⁸ ¡El Señor ha hecho recaer sobre ti toda la sangre de la casa de Saúl, en cuyo lugar has reinado! El Señor ha entregado el reino en manos de tu hijo Absalón. He aquí que has sido atrapado por tu propia maldad, porque eres un hombre de sangre!”

⁹ Entonces Abisai, hijo de Sarvia, dijo al rey: “¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor el rey? Por favor, déjame ir y quitarle la cabeza”. ¹⁰ El rey respondió: “¿Qué tengo que ver con ustedes, hijos de Sarvia? Porque él maldice, y porque Yahvé le ha dicho: ‘Maldice

a David', ¿quién dirá entonces: 'Por qué lo has hecho'?"

¹¹ David dijo a Abisai y a todos sus siervos: "He aquí que mi hijo, que salió de mis entrañas, busca mi vida. ¿Cuánto más este benjamita, ahora? Déjenlo en paz y que maldiga, porque Yahvé lo ha invitado. ¹² Puede ser que Yahvé se fije en el mal que se me ha hecho, y que Yahvé me pague bien la maldición que hoy se me hace."

¹³ Así que David y sus hombres se fueron por el camino, y Simei iba por la ladera opuesta a él y maldecía a su paso, le arrojaba piedras y tiraba polvo. ¹⁴ El rey y todo el pueblo que lo acompañaba llegaron cansados, y él se refrescó allí.

¹⁵ Absalón y todo el pueblo, los hombres de Israel, llegaron a Jerusalén, y Ajitófel con él.

¹⁶ Cuando Husai el arquita, amigo de David, se acercó a Absalón, Husai le dijo: "¡Viva el rey! Viva el rey!"

¹⁷ Absalón dijo a Husai: "¿Esta es tu bondad con tu amigo? ¿Por qué no te has ido con tu amigo?"

¹⁸ Husai dijo a Absalón: "No; pero a quien Yahvé y este pueblo y todos los hombres de Israel hayan elegido, yo seré suyo y me quedaré con él. ¹⁹ Además, ¿a quién debo servir? ¿No debo servir en presencia de su hijo? Como he servido en presencia de tu padre, así estaré en tu presencia".

²⁰ Entonces Absalón dijo a Ajitófel: "Aconseja lo que debemos hacer".

²¹ Ajitófel le dijo a Absalón: “Entra con las concubinas de tu padre que él ha dejado para cuidar la casa. Entonces todo Israel se enterará de que tu padre te aborrece. Entonces las manos de todos los que están contigo serán fuertes”.

²² Así que extendieron una tienda para Absalón en lo alto de la casa, y Absalón entró a las concubinas de su padre a la vista de todo Israel.

²³ El consejo de Ajitofel, que dio en aquellos días, fue como si un hombre preguntara en el santuario interior de Dios. Todo el consejo de Ajitofel fue así tanto con David como con Absalón.

17

¹ Además, Ajitófel dijo a Absalón: “Déjame elegir ahora doce mil hombres, y me levantaré y perseguiré a David esta noche. ² Lo atacaré cuando esté cansado y agotado, y lo asustaré. Todo el pueblo que está con él huirá. Golpearé sólo al rey, ³ y haré volver a todo el pueblo hacia ti. El hombre que buscas es como si todos regresaran. Todo el pueblo estará en paz”.

⁴ El dicho agradó a Absalón y a todos los ancianos de Israel. ⁵ Entonces Absalón dijo: “Llama ahora también a Husai el arquita, y oigamos igualmente lo que dice.”

⁶ Cuando Husai se acercó a Absalón, éste le habló diciendo: “Ajitófel ha hablado así. ¿Haremos lo que él dice? Si no, habla”.

⁷ Husai dijo a Absalón: “El consejo que Ajitófel ha dado esta vez no es bueno”. ⁸ Husai dijo además: “Tú conoces a tu padre y a sus hombres,

que son hombres poderosos, y son fieros de mente, como una osa despojada de sus cachorros en el campo. Tu padre es un hombre de guerra, y no se alojará con el pueblo. ⁹ He aquí que ahora está escondido en algún pozo o en otro lugar. Sucederá que cuando algunos de ellos hayan caído al principio, quien lo oiga dirá: “¡Hay una matanza entre el pueblo que sigue a Absalón!” ¹⁰ Incluso el que es valiente, cuyo corazón es como el de un león, se derretirá por completo; porque todo Israel sabe que tu padre es un hombre valiente, y que los que están con él son hombres valientes. ¹¹ Pero yo aconsejo que se reúna contigo todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, como la arena que está junto al mar para la multitud; y que vayas a la batalla en tu propia persona. ¹² Así llegaremos a él en algún lugar donde se encuentre, y lo iluminaremos como cae el rocío en la tierra, y no dejaremos ni uno solo de él y de todos los hombres que están con él. ¹³ Además, si se ha metido en una ciudad, todo Israel llevará cuerdas a esa ciudad, y la arrastraremos al río, hasta que no se encuentre allí ni una sola piedra pequeña.”

¹⁴ Absalón y todos los hombres de Israel dijeron: “El consejo de Husai el arquita es mejor que el consejo de Ajitófel.” Porque Yahvé había ordenado derrotar el buen consejo de Ajitofel, con el propósito de que Yahvé trajera el mal a Absalón.

¹⁵ Entonces Husai dijo a Sadoc y a los sacerdotes Abiatar: “Ajitófel aconsejó a Absalón y a los ancianos de Israel de esta manera, y yo he

aconsejado de esta otra. ¹⁶ Ahora, pues, enviad rápidamente a decir a David: “No te alojes esta noche en los vados del desierto, sino pasa de una vez, no sea que el rey sea devorado, y todo el pueblo que está con él.”

¹⁷ Jonatán y Ahimaas se hospedaban junto a En Rogel, y una sirvienta iba a informarles, y ellos iban y se lo contaban al rey David, pues no podían arriesgarse a que los vieran entrar en la ciudad. ¹⁸ Pero un muchacho los vio y se lo dijo a Absalón. Entonces ambos se fueron rápidamente y llegaron a la casa de un hombre en Bahurim, que tenía un pozo en su patio; y bajaron allí. ¹⁹ La mujer tomó y extendió la cubierta sobre la boca del pozo, y esparció sobre ella grano molido; y no se supo nada. ²⁰ Los siervos de Absalón fueron a la casa de la mujer y le dijeron: “¿Dónde están Ajimaas y Jonatán?”

La mujer les dijo: “Han pasado el arroyo de las aguas”.

Cuando los buscaron y no pudieron encontrarlos, volvieron a Jerusalén. ²¹ Después de partir, salieron del pozo y fueron a avisar al rey David, y le dijeron: “Levántate y pasa rápido por encima del agua, porque así ha aconsejado Ajitófel contra ti.”

²² Entonces David se levantó, y todo el pueblo que estaba con él, y pasaron el Jordán. A la luz de la mañana no faltaba ninguno de ellos que no hubiera pasado el Jordán.

²³ Cuando Ajitófel vio que su consejo no era seguido, ensilló su asno, se levantó y se fue a su

ciudad, puso en orden su casa y se ahorcó; murió y fue enterrado en la tumba de su padre.

²⁴ Entonces David llegó a Mahanaim. Absalón pasó el Jordán, él y todos los hombres de Israel con él. ²⁵ Absalón puso a Amasa al frente del ejército en lugar de Joab. Amasa era hijo de un hombre que se llamaba Ithra, el israelita, que había entrado con Abigail, la hija de Nahas, hermana de Zeruah, la madre de Joab. ²⁶ Israel y Absalón acamparon en la tierra de Galaad.

²⁷ Cuando David llegó a Mahanaim, Sobi, hijo de Nahas, de Rabá, de los hijos de Amón, y Maquir, hijo de Amiel, de Lodebar, y Barzilai, galaadita, de Rogelim, ²⁸ trajeron camas, cuencos, vasijas de barro, trigo, cebada, harina, grano tostado, frijoles, lentejas, grano tostado, ²⁹ miel, mantequilla, ovejas y queso del rebaño, para que David y el pueblo que estaba con él comieran; porque decían: “El pueblo está hambriento, cansado y sediento en el desierto.”

18

¹ David contó el pueblo que estaba con él, y puso al frente de él a capitanes de millares y a capitanes de centenas. ² David envió al pueblo, una tercera parte bajo la mano de Joab, y una tercera parte bajo la mano de Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, y una tercera parte bajo la mano de Ittai el geteo. El rey dijo al pueblo: “Seguramente yo también saldré con ustedes”.

³ Pero el pueblo dijo: “No salgas, porque si huimos, no se ocuparán de nosotros, ni si

la mitad de nosotros muere, se ocuparán de nosotros. Pero tú vales por diez mil de nosotros. Por eso, ahora es mejor que estés dispuesto a ayudarnos a salir de la ciudad”.

⁴ El rey les dijo: “Haré lo que os parezca mejor”.

El rey se paró junto a la puerta, y todo el pueblo salió por cientos y por miles. ⁵ El rey ordenó a Joab, a Abisai y a Ittai, diciendo: “Traten con delicadeza por mi causa al joven Absalón”. Todo el pueblo escuchó cuando el rey ordenó a todos los capitanes acerca de Absalón.

⁶ El pueblo salió al campo contra Israel, y la batalla fue en el bosque de Efraín. ⁷ El pueblo de Israel fue golpeado allí ante los siervos de David, y hubo allí una gran matanza aquel día de veinte mil hombres. ⁸ Porque la batalla se extendió allí sobre la superficie de todo el país, y el bosque devoró aquel día más gente que la espada.

⁹ Absalón se encontró con los siervos de David. Absalón iba montado en su mula, y la mula pasó por debajo de las gruesas ramas de una gran encina; su cabeza se enganchó en la encina, y quedó colgando entre el cielo y la tierra; y la mula que estaba debajo de él siguió adelante. ¹⁰ Un hombre lo vio y se lo comunicó a Joab, diciendo: “He aquí que he visto a Absalón colgado en una encina”.

¹¹ Joab dijo al hombre que se lo había contado: “Mira que lo has visto, ¿y por qué no lo has derribado allí mismo? Te habría dado diez piezas de plata y una faja”.

¹² El hombre le dijo a Joab: “Aunque recibiera en mi mano mil monedas de plata, no extendería mi mano contra el hijo del rey, porque a nuestro entender el rey os ordenó a ti, a Abisai y a Ittai, diciendo: ‘Cuidad de que nadie toque al joven Absalón’.” ¹³ De lo contrario, si yo hubiera atentado contra su vida (y no hay asunto que se le oculte al rey), tú mismo te habrías puesto en mi contra.”

¹⁴ Entonces Joab dijo: “No voy a esperar así contigo”. Tomó tres dardos en la mano y los clavó en el corazón de Absalón, cuando aún estaba vivo en medio de la encina. ¹⁵ Diez jóvenes que llevaban la armadura de Joab rodearon y golpearon a Absalón y lo mataron. ¹⁶ Joab tocó la trompeta, y el pueblo volvió de perseguir a Israel, pues Joab retuvo al pueblo. ¹⁷ Tomaron a Absalón y lo arrojaron a un gran pozo en el bosque, y levantaron sobre él un montón de piedras muy grande. Entonces todo Israel huyó, cada uno a su tienda.

¹⁸ Absalón, en vida, había tomado y levantado para sí la columna que está en el valle del rey, pues dijo: “No tengo hijo que guarde mi nombre en la memoria”. Llamó a la columna con su propio nombre. Hasta hoy se llama el monumento de Absalón.

¹⁹ Entonces Ahimaas, hijo de Sadoc, dijo: “Permítanme correr y llevarle al rey noticias de cómo Yahvé lo ha vengado de sus enemigos.”

²⁰ Joab le dijo: “Hoy no debes ser portador de noticias, sino que deberás llevarlas otro día.

Pero hoy no debes llevar noticias, porque el hijo del rey ha muerto”.

²¹ Entonces Joab le dijo al cusita: “¡Ve y dile al rey lo que has visto!” El cusita se inclinó ante Joab y corrió.

²² Entonces Ahimaas, hijo de Sadoc, volvió a decir a Joab: “Pero pase lo que pase, por favor, déjame también correr tras el cusita.”

Joab dijo: “¿Por qué quieres huir, hijo mío, ya que no tendrás recompensa por la noticia?”

²³ “Pero pase lo que pase”, dijo, “correré”.

Le dijo: “¡Corre!” Entonces Ahimaas corrió por el camino de la Llanura, y superó al cusita.

²⁴ David estaba sentado entre las dos puertas, y el centinela subió al techo de la puerta que da a la muralla, y alzó los ojos y miró, y he aquí un hombre que corría solo. ²⁵ El vigilante dio un grito y se lo comunicó al rey. El rey dijo: “Si está solo, hay noticias en su boca”. Se acercó más y más.

²⁶ El vigilante vio a otro hombre que corría; y el vigilante llamó al portero y le dijo: “¡Mira, un hombre que corre solo!”

El rey dijo: “Él también trae noticias”.

²⁷ El vigilante dijo: “Creo que la carrera del primero es como la de Ajimaas, hijo de Sadoc”.

El rey dijo: “Es un buen hombre y viene con buenas noticias”.

²⁸ Ahimaas llamó y dijo al rey: “Todo está bien”. Se inclinó ante el rey con el rostro hacia la tierra, y dijo: “¡Bendito sea Yahvé, tu Dios, que ha entregado a los hombres que levantaron su mano contra mi señor el rey!”

29 El rey dijo: “¿Está bien el joven Absalón?”

Ahimaas respondió: “Cuando Joab envió al siervo del rey, yo también tu siervo, vi un gran alboroto, pero no sé qué era”.

30 El rey le dijo: “Ven y párate aquí”. Vino y se quedó quieto.

31 He aquí que vino el cusita. El cusita dijo: “Buenas noticias para mi señor el rey, porque Yahvé te ha vengado hoy de todos los que se levantaron contra ti.”

32 El rey dijo al cusita: “¿Está bien el joven Absalón?”

El cusita respondió: “Que los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levanten contra ti para hacerte daño, sean como ese joven”.

33 El rey, muy conmovido, subió a la sala de la puerta y lloró. Mientras iba, dijo: “¡Hijo mío Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío Absalón! Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío”.

19

1 Le dijeron a Joab: “He aquí que el rey llora y se lamenta por Absalón”. 2 La victoria de ese día se convirtió en luto en todo el pueblo, pues el pueblo oyó decir ese día: “El rey llora por su hijo.”

3 Aquel día el pueblo se escabulló en la ciudad, como se escabulle la gente avergonzada cuando huye en la batalla. 4 El rey se cubrió el rostro, y el rey gritó en voz alta: “¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo mío!”

⁵ Joab entró en la casa del rey y le dijo: “Hoy has avergonzado los rostros de todos tus siervos que hoy han salvado tu vida, la de tus hijos y la de tus hijas, la de tus esposas y la de tus concubinas; ⁶ porque amas a los que te odian y odias a los que te aman. Porque hoy has declarado que los príncipes y los siervos no son nada para ti. Pues hoy percibo que si Absalón hubiera vivido y todos nosotros hubiéramos muerto hoy, entonces te habría complacido. ⁷ Ahora, pues, levántate, sal y habla para consolar a tus siervos; porque te juro por Yahvé que si no sales, ni un solo hombre se quedará contigo esta noche. Eso sería peor para ti que todo el mal que te ha ocurrido desde tu juventud hasta ahora”.

⁸ Entonces el rey se levantó y se sentó en la puerta. A todo el pueblo se le dijo: “He aquí que el rey está sentado en la puerta”. Todo el pueblo se presentó ante el rey. Israel había huido cada uno a su tienda. ⁹ Todo el pueblo estaba en lucha por todas las tribus de Israel, diciendo: “El rey nos libró de la mano de nuestros enemigos, y nos salvó de la mano de los filisteos; y ahora ha huido del país de Absalón. ¹⁰ Absalón, a quien ungimos sobre nosotros, ha muerto en la batalla. Ahora, pues, ¿por qué no dices una palabra para hacer volver al rey?”

¹¹ El rey David envió a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, diciendo: “Hablad a los ancianos de Judá, diciendo: “¿Por qué sois los últimos en hacer volver al rey a su casa, ya que el discurso de todo Israel ha llegado al rey, para hacerlo volver a su casa? ¹² Ustedes son mis hermanos.

Sois mi hueso y mi carne. ¿Por qué, pues, sois los últimos en hacer volver al rey?’ ¹³ Di a Amasa: ‘¿No eres tú mi hueso y mi carne? Que Dios me lo haga, y más aún, si no eres tú el capitán del ejército delante de mí continuamente en lugar de Joab’ ”. ¹⁴ El corazón de todos los hombres de Judá se inclinó como un solo hombre, de modo que enviaron al rey diciendo: “Vuelve tú y todos tus servidores.”

¹⁵ El rey regresó y llegó al Jordán. Judá vino a Gilgal, para ir al encuentro del rey, para hacer pasar al rey al otro lado del Jordán. ¹⁶ Simei hijo de Gera, el benjamita, que era de Bahurim, se apresuró a bajar con los hombres de Judá a recibir al rey David. ¹⁷ Lo acompañaban mil hombres de Benjamín, y Siba, siervo de la casa de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte siervos; y pasaron el Jordán en presencia del rey. ¹⁸ Una barca fue a pasar la casa del rey, y a hacer lo que le pareciera bien.

Simei, hijo de Gera, se postró ante el rey cuando hubo pasado el Jordán. ¹⁹ Le dijo al rey: “No permita mi señor que me impute iniquidad, ni recuerde lo que su siervo hizo perversamente el día en que mi señor el rey salió de Jerusalén, para que el rey lo tome en cuenta. ²⁰ Porque tu siervo sabe que he pecado. Por eso, he venido hoy como el primero de toda la casa de José para bajar a recibir a mi señor el rey.”

²¹ Pero Abisai, hijo de Sarvia, respondió: “¿No debería morir Simei por esto, por haber maldecido al ungido de Yahvé?”

²² David dijo: “¿Qué tengo que hacer con vosotros, hijos de Sarvia, para que seáis hoy adversarios míos? ¿Habrá que matar hoy a alguien en Israel? ¿Acaso no sé que hoy soy rey de Israel?” ²³ El rey dijo a Simei: “No morirás”. El rey le juró.

²⁴ Mefiboset, hijo de Saúl, bajó a recibir al rey, y no se había aseado los pies, ni se había recortado la barba, ni se había lavado la ropa, desde el día en que el rey partió hasta el día en que volvió a casa en paz. ²⁵ Cuando llegó a Jerusalén para recibir al rey, éste le dijo: “¿Por qué no has ido conmigo, Mefiboset?”

²⁶ Él respondió: “Señor mío, oh rey, mi siervo me engañó. Porque tu siervo dijo: ‘Voy a ensillar un asno para mí, para montar en él e ir con el rey’, porque tu siervo es cojo. ²⁷ Él ha calumniado a tu siervo ante mi señor el rey, pero mi señor el rey es como un ángel de Dios. Haz, pues, lo que te parezca bien. ²⁸ Porque toda la casa de mi padre no era más que hombres muertos ante mi señor el rey; sin embargo, tú pusiste a tu siervo entre los que comían a tu mesa. ¿Qué derecho, pues, tengo todavía para apelar más al rey?”

²⁹ El rey le dijo: “¿Por qué hablas más de tus asuntos? Yo digo que tú y Siba se repartan la tierra”.

³⁰ Mefiboset dijo al rey: “Sí, que se lo lleve todo, porque mi señor el rey ha venido en paz a su casa”.

³¹ Barzilai, el Galaadita, descendió de Rogelim, y pasó el Jordán con el rey para conducirlo al

otro lado del Jordán. ³² Barzilai era un hombre muy anciano, de ochenta años. Él le había proporcionado el sustento al rey mientras estuvo en Mahanaim, pues era un hombre muy grande. ³³ El rey le dijo a Barzilai: “Pasa conmigo, y te mantendré conmigo en Jerusalén”.

³⁴ Barzilai dijo al rey: “¿Cuántos son los días de los años de mi vida, para que suba con el rey a Jerusalén? ³⁵ Hoy tengo ochenta años. ¿Puedo discernir entre lo bueno y lo malo? ¿Puede tu siervo probar lo que como o lo que bebo? ¿Acaso puedo oír ya la voz de los hombres que cantan y de las mujeres que cantan? ¿Por qué entonces tu siervo ha de ser una carga para mi señor el rey? ³⁶ Tu siervo sólo pasará el Jordán con el rey. ¿Por qué ha de pagarme el rey con semejante recompensa? ³⁷ Por favor, deja que tu siervo regrese, para que yo muera en mi ciudad, junto a la tumba de mi padre y de mi madre. Pero he aquí a tu siervo Quimam; déjalo pasar con mi señor el rey; y haz con él lo que te parezca bien.”

³⁸ El rey respondió: “Chimham irá conmigo, y yo haré con él lo que te parezca bien. Todo lo que me pidas, eso haré por ti”.

³⁹ Todo el pueblo pasó el Jordán, y el rey también. Entonces el rey besó a Barzilai y lo bendijo, y se volvió a su lugar. ⁴⁰ Entonces el rey pasó a Gilgal, y Quimam pasó con él. Todo el pueblo de Judá hizo pasar al rey, y también la mitad del pueblo de Israel. ⁴¹ He aquí que todos los hombres de Israel vinieron al rey y le dijeron:

“¿Por qué nuestros hermanos, los hombres de Judá, te han robado y han hecho pasar el Jordán al rey y a su familia, y a todos los hombres de David con él?”

⁴² Todos los hombres de Judá respondieron a los de Israel: “Porque el rey es un pariente cercano a nosotros. ¿Por qué, pues, os enfadáis por este asunto? ¿Acaso hemos comido a costa del rey? ¿O nos ha dado él algún regalo?”

⁴³ Los hombres de Israel respondieron a los de Judá y dijeron: “Nosotros tenemos diez partes en el rey, y también tenemos más derecho a David que ustedes. ¿Por qué, pues, nos habéis despreciado, para que nuestro consejo no sea el primero en hacer volver a nuestro rey?” Las palabras de los hombres de Judá fueron más feroces que las de los hombres de Israel.

20

¹ Sucedió que estaba allí un malvado, que se llamaba Seba, hijo de Bichri, benjamita, y tocó la trompeta y dijo: “No tenemos parte en David, ni tenemos herencia en el hijo de Isaí. Cada uno a sus tiendas, Israel”.

² Así que todos los hombres de Israel dejaron de seguir a David y siguieron a Seba hijo de Bichri; pero los hombres de Judá se unieron a su rey, desde el Jordán hasta Jerusalén.

³ David llegó a su casa en Jerusalén, y el rey tomó a las diez mujeres sus concubinas, que había dejado para guardar la casa, y las puso en custodia y les dio sustento, pero no entró en

ellas. Así quedaron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo en la viudez.

⁴ Entonces el rey le dijo a Amasa: “Convoca a los hombres de Judá dentro de tres días y que estén aquí presentes”.

⁵ Entonces Amasa fue a convocar a los hombres de Judá, pero se quedó más tiempo del que se le había señalado. ⁶ David dijo a Abisai: “Ahora Seba, hijo de Bichri, nos hará más daño que Absalón. Toma a los siervos de tu señor y persíguelo, no sea que se haga de ciudades fortificadas y se escape de nuestra vista”.

⁷ Los hombres de Joab salieron tras él con los cereteos, los peleteos y todos los hombres fuertes, y salieron de Jerusalén para perseguir a Seba hijo de Bicri. ⁸ Cuando llegaron a la gran piedra que está en Gabaón, Amasa salió a su encuentro. Joab estaba vestido con su ropa de guerra que se había puesto, y sobre ella tenía un fajín con una espada sujeta a su cintura en su vaina; y mientras avanzaba se le cayó. ⁹ Joab dijo a Amasa: “¿Estás bien, hermano mío?” Joab tomó a Amasa por la barba con su mano derecha para besarlo. ¹⁰ Pero Amasa no hizo caso de la espada que estaba en la mano de Joab. Así que lo golpeó con ella en el cuerpo y derramó sus entrañas en el suelo, y no lo volvió a golpear; y murió. Joab y su hermano Abisai persiguieron a Sabá, hijo de Bicri. ¹¹ Uno de los jóvenes de Joab se puso a su lado y dijo: “El que esté a favor de Joab y el que esté a favor de David, que siga a Joab”.

¹² Amasa yacía revolcándose en su sangre en medio del camino. Cuando el hombre vio que todo el pueblo se detenía, sacó a Amasa de la calzada al campo, y echó un manto sobre él al ver que todos los que pasaban por allí se detenían.

¹³ Cuando lo sacaron del camino, todo el pueblo siguió a Joab para perseguir a Seba, hijo de Bicri.

¹⁴ Atravesó todas las tribus de Israel hasta Abel, hasta Bet Maaca y todos los beritas. Se reunieron y también fueron tras él. ¹⁵ Llegaron y lo sitiaron en Abel de Bet Maaca, y levantaron un montículo contra la ciudad, el cual se mantuvo contra la muralla; y todo el pueblo que estaba con Joab golpeó la muralla para derribarla.

¹⁶ Entonces una mujer sabia gritó desde la ciudad: “¡Oye, oye! Di a Joab: “Acércate, para que pueda hablar contigo””. ¹⁷ Él se acercó a ella, y la mujer le dijo: “¿Eres Joab?”

Él contestó: “Lo soy”.

Entonces le dijo: “Escucha las palabras de tu siervo”.

Respondió: “Te escucho”.

¹⁸ Entonces ella habló diciendo: “Antiguamente decían: ‘Seguramente pedirán consejo a Abel’, y así resolvieron un asunto. ¹⁹ Yo estoy entre los pacíficos y fieles de Israel. Ustedes pretenden destruir una ciudad y una madre en Israel. ¿Por qué quieres tragar la herencia de Yahvé?”

²⁰ Joab respondió: “Lejos de mí, lejos de mí, que yo trague o destruya. ²¹ El asunto no es así. Pero un hombre de la región montañosa de Efraín, de nombre Seba, hijo de Bichri, ha

levantado su mano contra el rey, incluso contra David. Libéralo, y me iré de la ciudad”.

La mujer dijo a Joab: “He aquí que su cabeza te será arrojada por encima del muro”.

²² Entonces la mujer acudió a todo el pueblo en su sabiduría. Cortaron la cabeza de Seba, hijo de Bichri, y la arrojaron a Joab. Este tocó la trompeta, y se dispersaron de la ciudad, cada uno a su tienda. Entonces Joab regresó a Jerusalén ante el rey.

²³ Joab estaba al frente de todo el ejército de Israel; Benaía, hijo de Joiada, estaba al frente de los cereteos y de los peleteos; ²⁴ Adoram estaba al frente de los hombres sometidos a trabajos forzados; Josafat, hijo de Ahilud, era el registrador; ²⁵ Sheva era el escriba; Sadoc y Abiatar eran los sacerdotes; ²⁶ e Ira, el jairita, era el ministro principal de David.

21

¹ Hubo hambre en los días de David durante tres años, año tras año; y David buscó el rostro de Yahvé. Yahvé dijo: “Es por Saúl y por su sangrienta casa, porque dio muerte a los gabaonitas”.

² El rey llamó a los gabaonitas y les dijo (ahora bien, los gabaonitas no eran de los hijos de Israel, sino del remanente de los amorreos, y los hijos de Israel les habían jurado; y Saúl trató de matarlos en su celo por los hijos de Israel y de Judá); ³ y David dijo a los gabaonitas: “¿Qué debo hacer por ustedes? ¿Y con qué debo hacer

expiación, para que bendigáis la heredad de Yahvé?”

⁴ Los gabaonitas le dijeron: “No es cuestión de plata ni de oro entre nosotros y Saúl o su casa; tampoco nos corresponde dar muerte a ningún hombre en Israel.”

Dijo: “Haré por ti lo que digas”.

⁵ Dijeron al rey: “El hombre que nos consumió y que conspiró contra nosotros para que no permaneciéramos en ninguna de las fronteras de Israel, ⁶ que nos entreguen a siete hombres de sus hijos, y los colgaremos a Yahvé en Guibeá de Saúl, el elegido de Yahvé.”

El rey dijo: “Se los daré”.

⁷ Pero el rey perdonó a Mefiboset, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, a causa del juramento de Yahvé que había entre ellos, entre David y Jonatán, hijo de Saúl. ⁸ Pero el rey tomó a los dos hijos de Rizpa, hija de Aja, que ella había dado a luz a Saúl, Armoní y Mefiboset, y a los cinco hijos de Merab, hija de Saúl, que ella había dado a luz a Adriel, hijo de Barzilái el meholatí. ⁹ Los entregó en manos de los gabaonitas, y los colgaron en el monte delante de Yahvé, y los siete cayeron juntos. Los mataron en los días de la cosecha, en los primeros días, al comienzo de la cosecha de cebada.

¹⁰ Rizpa, hija de Aja, tomó un saco y lo extendió para sí misma sobre la roca, desde el comienzo de la cosecha hasta que el agua se derramó sobre ellos desde el cielo. No permitió que las aves del cielo se posaran sobre ellos de día, ni los animales del campo de noche. ¹¹ A David le

contaron lo que había hecho Rizpa, hija de Aia, la concubina de Saúl. ¹² Entonces David fue y tomó los huesos de Saúl y los huesos de su hijo de los hombres de Jabes de Galaad, que los habían robado de la calle de Bet Shan, donde los filisteos los habían colgado el día que los filisteos mataron a Saúl en Gilboa; ¹³ y sacó de allí los huesos de Saúl y los huesos de su hijo. También recogieron los huesos de los ahorcados. ¹⁴ Enterraron los huesos de Saúl y de su hijo en el país de Benjamín, en Zela, en la tumba de Cis, su padre; y cumplieron todo lo que el rey les ordenó. Después de eso, Dios respondió a la oración por la tierra.

¹⁵ Los filisteos volvieron a hacer la guerra a Israel; y David descendió, y sus siervos con él, y lucharon contra los filisteos. David desfallecía; ¹⁶ e Isbibenob, que era de los hijos del gigante, cuyo peso de la lanza era de trescientos siclos de bronce, estando armado con una espada nueva, pensó en matar a David. ¹⁷ Pero Abisai, hijo de Sarvia, lo ayudó, e hirió al filisteo y lo mató. Entonces los hombres de David le juraron: “No salgas más con nosotros a combatir, para que no apagues la lámpara de Israel”.

¹⁸ Después de esto, volvió a haber guerra con los filisteos en Gob. Entonces Sibbecai, el husatita, mató a Saf, que era de los hijos del gigante. ¹⁹ Volvió a haber guerra con los filisteos en Gob, y Elhanán, hijo de Jaare-Oregim, betlemita, mató al hermano de Goliat, el gitita, cuyo asta era como un haz de telar. ²⁰ Volvió a haber guerra en Gat, donde había un hombre de

gran estatura, que tenía seis dedos en cada mano y seis dedos en cada pie, veinticuatro en total, y también era hijo del gigante. ²¹ Cuando desafió a Israel, lo mató Jonatán, hijo de Simei, hermano de David. ²² Estos cuatro le nacieron al gigante en Gat, y cayeron por la mano de David y por la de sus servidores.

22

¹ David dirigió a Yahvé las palabras de este cántico el día en que Yahvé lo libró de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl, ² y dijo:

“Yahvé es mi roca,
mi fortaleza,

y mi libertador, incluso el mío;

³ Dios es mi roca en la que me refugio;
mi escudo, y el cuerno de mi salvación,
mi alta torre, y mi refugio.

Mi salvador, me salvas de la violencia.

⁴ Invoco a Yahvé, que es digno de ser alabado;
Así me salvaré de mis enemigos.

⁵ Porque las olas de la muerte me rodearon.
Las inundaciones de la impiedad me dieron
miedo.

⁶ Las cuerdas del Seol* me rodeaban.
Las trampas de la muerte me atraparon.

⁷ En mi angustia, invoqué a Yahvé.
Sí, llamé a mi Dios.
Escuchó mi voz fuera de su templo.
Mi grito llegó a sus oídos.

* **22:6** El Seol es el lugar de los muertos.

- 8 Entonces la tierra se estremeció y tembló.
Los cimientos del cielo temblaron y fueron sacudidos,
porque estaba enfadado.
- 9 Salió humo de sus fosas nasales.
De su boca salió fuego consumidor.
Las brasas se encendieron con él.
- 10 También inclinó los cielos y descendió.
La espesa oscuridad estaba bajo sus pies.
- 11 Montó en un querubín y voló.
Sí, fue visto en las alas del viento.
- 12 Hizo de las tinieblas un refugio a su alrededor,
la reunión de las aguas, y las espesas nubes de los cielos.
- 13 Ante el resplandor de la luz,
se encendieron las brasas del fuego.
- 14 Yahvé tronó desde el cielo.
El Altísimo emitió su voz.
- 15 Envío flechas y los dispersó,
rayos y los confundió.
- 16 Entonces aparecieron los canales del mar.
Los cimientos del mundo quedaron al descubierto por la reprimenda de Yahvé,
al soplo de sus fosas nasales.
- 17 Envío desde lo alto y me llevó.
Me sacó de muchas aguas.
- 18 Me libró de mi fuerte enemigo,
de los que me odiaban, porque eran demasiado poderosos para mí.
- 19 Vinieron sobre mí en el día de mi calamidad,
pero Yahvé fue mi apoyo.
- 20 También me llevó a un lugar grande.
Me liberó, porque se deleitó en mí.

- 21 El Señor me recompensó según mi justicia.
Me recompensó según la limpieza de mis manos.
- 22 Porque he guardado los caminos de Yahvé,
y no me he alejado impiamente de mi Dios.
- 23 Porque todas sus ordenanzas estaban delante
de mí.
En cuanto a sus estatutos, no me aparté de ellos.
- 24 Yo también fui perfecto con él.
Me guardé de mi iniquidad.
- 25 Por lo tanto, Yahvé me ha recompensado según
mi justicia,
Según mi limpieza en la vista.
- 26 Con los misericordiosos te mostrarás misericordioso.
Con el hombre perfecto te mostrarás perfecta.
- 27 Con los puros te mostrarás puro.
Con lo torcido te mostrarás astuto.
- 28 Tú salvarás al pueblo afligido,
pero tus ojos están puestos en los arrogantes,
para derribarlos.
- 29 Porque tú eres mi lámpara, Yahvé.
Yahvé iluminará mis tinieblas.
- 30 Por ti, corro contra una tropa.
Por Dios, salto un muro.
- 31 En cuanto a Dios, su camino es perfecto.
La palabra de Yahvé se pone a prueba.
Es un escudo para todos los que se refugian
en él.
- 32 Porque ¿quién es Dios, además de Yahvé?

- ¿Quién es una roca, además de nuestro Dios?
33 Dios es mi fortaleza.
Él hace que mi camino sea perfecto.
- 34 Hace que sus pies sean como los de las ciervas,
y me pone en mis alturas.
- 35 Enseña mis manos a la guerra,
para que mis brazos doblen un arco de
bronce.
- 36 También me has dado el escudo de tu sal-
vación.
Tu gentileza me ha hecho grande.
- 37 Has ensanchado mis pasos debajo de mí.
Mis pies no han resbalado.
- 38 He perseguido a mis enemigos y los he destru-
ido.
No volví a girar hasta que se consumieron.
- 39 Los he consumido,
y los atravesé,
para que no puedan surgir.
Sí, han caído bajo mis pies.
- 40 Porque me has armado de fuerza para la
batalla.
Has sometido bajo mi mando a los que se
levantaron contra mí.
- 41 También has hecho que mis enemigos me den
la espalda,
para cortar a los que me odian.
- 42 Miraron, pero no había nadie a quien salvar;
incluso a Yahvé, pero no les respondió.
- 43 Entonces los hice tan pequeños como el polvo
de la tierra.
Los aplasté como el fango de las calles, y los
esparcí por todas partes.

- 44 Tú también me has librado de los esfuerzos de mi pueblo.
Me has guardado para ser la cabeza de las naciones.
Un pueblo que no he conocido me servirá.
- 45 Los extranjeros se someterán a mí.
En cuanto oigan hablar de mí, me obedecerán.
- 46 Los extranjeros se desvanecerán,
y saldrán temblando de sus lugares cerrados.
- 47 ¡Yahvé vive!
¡Bendita sea mi roca!
Exaltado sea Dios, la roca de mi salvación,
48 incluso el Dios que ejecuta la venganza por mí,
que hace caer a los pueblos debajo de mí,
49 que me aleja de mis enemigos.
- Sí, me elevas por encima de los que se levantan contra mí.
Líbrame del hombre violento.
- 50 Por eso te daré gracias, Yahvé, entre las naciones,
y cantarán alabanzas a tu nombre.
- 51 Da una gran liberación a su rey,
y muestra una bondad amorosa a su ungido,
a David y a su descendencia, para siempre”.

23

- 1 Estas son las últimas palabras de David.
David el hijo de Jesé dice,
el hombre que fue elevado a lo alto dice,
el ungido del Dios de Jacob,
el dulce salmista de Israel:

- 2 “El Espíritu de Yahvé habló por mí.
Su palabra estaba en mi lengua.
- 3 El Dios de Israel dijo,
la Roca de Israel me habló,
El que gobierna a los hombres con rectitud,
que gobierna en el temor de Dios,
- 4 será como la luz de la mañana cuando sale el
sol,
una mañana sin nubes,
cuando la hierba tierna brota de la tierra,
a través de un claro resplandor después de
la lluvia”.
- 5 ¿No es así mi casa con Dios?
Sin embargo, ha hecho conmigo un pacto
eterno,
ordenado en todas las cosas, y seguro,
porque es toda mi salvación y todo mi deseo.
¿No lo hará crecer?
- 6 Pero todos los impíos serán como espinas que
hay que arrancar,
porque no se pueden coger con la mano.
- 7 El hombre que los toque debe estar armado con
hierro y el bastón de una lanza.
Serán totalmente quemados con fuego en su
lugar”.
- 8 Estos son los nombres de los valientes que
tuvo David Josheb Basshebeth, tahchemonita,
jefe de los capitanes; se llamaba Adino el eznita,
que mató a ochocientos de una vez. 9 Después
de él estaba Eleazar hijo de Dodai, hijo de un
ahohita, uno de los tres valientes que estaban
con David cuando desafiaron a los filisteos que
estaban allí reunidos para la batalla, y los

hombres de Israel se habían marchado. ¹⁰ Se levantó y golpeó a los filisteos hasta que su mano se cansó, y su mano se congeló a la espada; y Yahvé obró una gran victoria aquel día, y el pueblo volvió tras él sólo para tomar botín.

¹¹ Después de él fue Samma hijo de Agee, un harareo. Los filisteos se habían reunido en tropa donde había un terreno lleno de lentejas; y el pueblo huyó de los filisteos. ¹² Pero él se puso en medio de la parcela y la defendió, y mató a los filisteos; y el Señor obtuvo una gran victoria.

¹³ Tres de los treinta jefes descendieron y vinieron a David en el tiempo de la cosecha, a la cueva de Adulam; y la tropa de los filisteos estaba acampada en el valle de Refaim. ¹⁴ David estaba entonces en la fortaleza, y la guarnición de los filisteos estaba entonces en Belén. ¹⁵ David decía con nostalgia: “¡Oh, si alguien me diera de beber agua del pozo de Belén, que está junto a la puerta!”

¹⁶ Los tres valientes irrumpieron en el ejército de los filisteos y sacaron agua del pozo de Belén que estaba junto a la puerta, la tomaron y se la llevaron a David; pero éste no quiso beber de ella, sino que la derramó a Yahvé. ¹⁷ Él dijo: “¡Lejos de mí, Yahvé, que yo haga esto! ¿No es ésta la sangre de los hombres que arriesgaron su vida para ir?” Por eso no quiso beberla. Los tres hombres poderosos hicieron estas cosas.

¹⁸ Abisai, hermano de Joab, hijo de Sarvia, era el jefe de los tres. Levantó su lanza contra trescientos y los mató, y tuvo un nombre entre los tres. ¹⁹ ¿No era él el más honrado de los tres?

Por eso fue nombrado su capitán. Sin embargo, no fue incluido como uno de los tres.

²⁰ Benaía, hijo de Joiada, hijo de un valiente de Kabzeel, que había hecho obras poderosas, mató a los dos hijos de Ariel de Moab. También bajó y mató a un león en medio de un pozo en tiempo de nieve. ²¹ Mató a un egipcio enorme, y el egipcio tenía una lanza en la mano; pero él bajó hacia él con un bastón y arrancó la lanza de la mano del egipcio, y lo mató con su propia lanza. ²² Benaía, hijo de Joiada, hizo estas cosas y tuvo un nombre entre los tres valientes. ²³ Era más honorable que los treinta, pero no llegó a los tres. David lo puso al frente de su guardia.

²⁴ Asael hermano de Joab era uno de los treinta: Elhanan hijo de Dodo de Belén, ²⁵ Samma de Harod, Elika de Harod, ²⁶ Helez de Palti, Ira hijo de Ikkesh de Teko, ²⁷ Abiezer de Anatot, Mebunnai de Hushat, ²⁸ Zalmón ahohita, Maharai netofatita, ²⁹ Heleb hijo de Baana netofatita, Ittai hijo de Ribai de Gabaa de los hijos de Benjamín, ³⁰ Benaía piratonita, Hiddai de los arroyos de Gaas. ³¹ Abialbón arbateo, Azmaveth barhumita, ³² Eliahba saalbonita, los hijos de Jasén, Jonatán, ³³ Shammah hararita, Ahiam hijo de Sharar ararita, ³⁴ Eliphelet hijo de Ahasbai, hijo del maacateo, Eliam hijo de Ajitofel gilonita, ³⁵ Hezro el carmelita, Paarai el arbita, ³⁶ Igal hijo de Natán de Soba, Bani el gadita, ³⁷ Zelek el amonita, Naharai el beerotita, portadores de armaduras de Joab hijo de Sarvia, ³⁸ Ira el itrita, Gareb el itrita, ³⁹ y Urías el hitita: treinta y siete

en total.

24

¹ Nuevamente ardió la ira de Yahvé contra Israel, y movió a David contra ellos, diciendo: “Ve, cuenta a Israel y a Judá”. ² El rey dijo a Joab, el capitán del ejército, que estaba con él: “Ve ahora de un lado a otro por todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Beerseba, y cuenta el pueblo, para que yo sepa la suma del pueblo.”

³ Joab dijo al rey: “Ahora, que el Señor, tu Dios, añada al pueblo, por más que sea, cien veces, y que los ojos de mi señor el rey lo vean. Pero, ¿por qué se complace mi señor el rey en esto?”.

⁴ No obstante, la palabra del rey prevaleció contra Joab y contra los capitanes del ejército. Joab y los capitanes del ejército salieron de la presencia del rey para contar al pueblo de Israel. ⁵ Pasaron el Jordán y acamparon en Aroer, a la derecha de la ciudad que está en medio del valle de Gad, y hasta Jazer; ⁶ luego llegaron a Galaad y a la tierra de Tahtim Hodshi; y llegaron a Dan Jaan y alrededor de Sidón, ⁷ y llegaron a la fortaleza de Tiro, y a todas las ciudades de los heveos y de los cananeos; y salieron al sur de Judá, en Beerseba. ⁸ Después de recorrer todo el país, llegaron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días. ⁹ Joab entregó al rey la suma del recuento del pueblo; y había en Israel ochocientos mil hombres valientes que sacaban la espada, y los de Judá eran quinientos mil hombres.

¹⁰ El corazón de David se conmovió después de haber contado al pueblo. David dijo a Yahvé: “He pecado mucho en lo que he hecho. Pero ahora, Yahvé, quita, te lo ruego, la iniquidad de tu siervo; porque he actuado con mucha insensatez.”

¹¹ Cuando David se levantó por la mañana, llegó la palabra de Yahvé al profeta Gad, vidente de David, diciendo: ¹² “Ve y habla a David: “Yahvé dice: “Te ofrezco tres cosas. Elige una de ellas, para que te la haga””.

¹³ Gad vino a David y le dijo: “¿Te vendrán siete años de hambre en tu tierra? ¿O huirás tres meses ante tus enemigos mientras te persiguen? ¿O habrá tres días de pestilencia en tu tierra? Responde ahora, y considera qué respuesta daré al que me ha enviado”.

¹⁴ David dijo a Gad: “Estoy en apuros. Caigamos ahora en la mano de Yahvé, porque sus misericordias son grandes. No caiga en la mano del hombre”.

¹⁵ El Señor envió una peste sobre Israel desde la mañana hasta la hora señalada, y murieron setenta mil hombres del pueblo, desde Dan hasta Beerseba. ¹⁶ Cuando el ángel extendió su mano hacia Jerusalén para destruirla, Yahvé se despreocupó del desastre y dijo al ángel que destruía al pueblo: “Es suficiente. Ahora retira tu mano”. El ángel de Yahvé estaba junto a la era de Arauná el jebuseo.

¹⁷ David habló a Yahvé cuando vio al ángel que golpeaba al pueblo, y dijo: “He aquí que he pecado y he obrado perversamente; pero estas

ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, que tu mano esté contra mí y contra la casa de mi padre”.

¹⁸ Gad vino aquel día a David y le dijo: “Sube y construye un altar a Yahvé en la era de Arauna el jebuseo.”

¹⁹ David subió según el dicho de Gad, tal como lo había ordenado el Señor. ²⁰ Arauna se asomó y vio que el rey y sus servidores se acercaban a él. Entonces Arauna salió y se inclinó ante el rey con el rostro en tierra. ²¹ Arauna dijo: “¿Por qué ha venido mi señor el rey a su siervo?”

David dijo: “Para comprar tu era, para construir un altar a Yahvé, para que la plaga deje de afligir al pueblo”.

²² Arauna dijo a David: “Que mi señor el rey tome y ofrezca lo que le parezca bien. He aquí el ganado para el holocausto, y los trillos y los yugos de los bueyes para la leña. ²³ Todo esto, oh rey, lo da Arauna al rey”. Arauna dijo al rey: “Que Yahvé, tu Dios, te acepte”.

²⁴ El rey le dijo a Arauna: “No, pero ciertamente te lo compraré por un precio. No ofreceré a Yahvé mi Dios holocaustos que no me cuestan nada”. Así que David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos* de plata. ²⁵ David construyó allí un altar a Yahvé, y ofreció holocaustos y ofrendas de paz. Así se suplicó a Yahvé por la tierra, y la plaga se alejó de Israel.

* **24:24** Un siclo equivale a unos 10 gramos o a unas 0,35 onzas, por lo que 50 siclos equivalen a unos 0,5 kilogramos o 1,1 libras.

Santa Biblia libre para el mundo
The Holy Bible in Spanish, Santa Biblia libre para el
mundo translation

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: España

Translation by: David Williams & Michael Paul Johnson

Este es un borrador de traducción. Está siendo revisado y editado. Si encuentra algún error, infórmenos en spablm@eBible.org.

2023-05-24

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 24 May 2023 from source files dated 24 May 2023

fc2857e8-6604-5924-8a93-a9a8d4975a13